

CRISTIANDAD



54 RAZON DE ESTE NUMERO

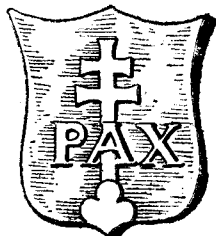
Las palabras del Papa al dirigirse, en los comienzos del año actual, a los universitarios italianos, podemos juzgarlas dirigidas a los universitarios de todo el orbe católico, y además considerarlas como genuina expresión del pensamiento de los Papas. Y el pensamiento pontificio ha quedado resumido ya repetidas veces en aquella frase tan llena de sentido «**Pax Christi in Regno Christi**» que «Pax Romana» adopta como lema expresivo de su aspiración ideal.

Nuestra Revista ha glosado y comentado muchas veces en sus páginas esta fórmula. Al mismo tiempo, identificándose absolutamente con ella desde que vió la luz su primer número, ha procurado siempre, en la medida de sus fuerzas, que viniera a ser guía y Norte de los católicos; por eso la razón de este número es la razón de la mayoría de los números de CRISTIANDAD: es la razón de ser de nuestra Revista:

En el momento presente, cuando «Pax Romana» celebra su XIX Congreso Internacional, volvemos a traer a nuestras columnas comentarios y artículos que ya habían sido publicados en ellas, porque todos, cada uno desde su sitio, tenemos el deber de propagar y sobre todo de hacer comprender el sentido de la expresión **Pax Christi in Regno Chisti**, fórmula que condensa las enseñanzas de los Papas.

Editorial: En el XIX Congreso Internacional de «Pax Romana» (págs. 229 y 230); **El arco iris de la «Pax Romana»** por el P. R. Orlandis, S. J., (págs. 231 a 235); **TRIPTICO: I. Cuando los pueblos honraban a la Iglesia como madre** (págs. 236 y 237); **II. La liquidación de una herencia histórica** por J. O. C. C., (págs. 238 y 239); **III. Ideal de una futura Cristiandad, la paz de Cristo en el reino de Cristo** por Pedro Basil, (págs. 240 a 242); **Hacia una nueva Cristiandad** (págs. 243 y 244); **Simbología de la Santísima Trinidad** por Evelio Bulbena Estrany, (págs. 245 a 248); **La Coronación de la Virgen de Fátima** por Jose María Modolell, (págs. 248 y 249); **San Antonio de Padua «Doctor Evangélico»** por P. Luis Arnaldich, (págs. 249 y 250); **¿América para los protestantes, Europa para los cismáticos?** por Fernando Serrano y Misas, (págs. 250 y 252).

Los dibujos que ilustran el presente número son originales de Ignacio M.^a Serra Goday, Joaquin Mascaró y otros.



Tienen especial relación con el contenido del presente número dedicado al XIX Congreso Internacional de "Pax Romana" los siguientes artículos y números de CRISTIANDAD:

Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey.-Por el P. Ramón Orlandis, S. J., n.º 39, pág. 465 (1945)

El Arco Iris de la «Pax Romana».-Por el P. Ramón Orlandis, S. J. En el presente número.

El Alfa y Omega de un Pontificado.-Por José María Minoves Fusté, n.º 2, pág. 38 (1944).

La Encíclica «Ubi arcano Dei», Carta Magna de la Paz.-Por Pedro Basil, n.º 15, pág. 343 (1944)

La Paz de Cristo en el Reinado del Sagrado Corazón. Por José M.ª Minoves Fusté, n.º 15, pág. 346 (1944)

Una profecía social: Reinaré a pesar de mis enemigos. Por José M.ª Minoves Fusté, n.º 6, pág. 126 (1944)

La devoción al Sagrado Corazón es la satisfacción divina de las tendencias sociales.-Por el P. Enrique Ramière, S. J., n.º 6, pág. 134 (1944)

Las naciones deben glorificar a Jesucristo por el reconocimiento de su realeza.-Por el P. Enrique Ramière, S. J., n.º 39, pág. 480 (1945)

N.º 5 *En que se exponen algunas ideas fundamentales de la ciencia que Enrique Ramière, S. J., denominó por vez primera «Teología de la Historia»*

N.º 6 *Sobre la devoción al Corazón de Cristo y su trascendencia social.*

N.º 7 *Pío XII dedica un recuerdo a Polonia en su primera Encíclica «Summi Pontificatus».*

N.º 13 *Octubre de 1944.-Pío X define el modernismo como agregado de todas las herejías.*

N.º 15 *Sobre la Fiesta de Jesucristo Rey.*

N.º 22 *Mientras la noche se extiende, dedicado a la nación húngara.*

N.º 24 *La «Revolución» y la «Cuestión social».*

N.º 26 *La Unidad católica de España.*

N.º 27 *Un tema de Teología de la Historia: el fin del Imperio Romano.*

N.º 31 *El comunismo ateo.*

N.ºs 36-37 *Sobre el Movimiento de Oxford. En el centenario de la conversión de Enrique Newman.*

N.º 39 *Sobre la Fiesta de Jesucristo Rey.*

N.º 41 *El movimiento del «Avenir»*

Criterio

REVISTA SEMANAL ARGENTINA

Director:

Mons. Gustavo J. Franceschi

Alsina, 840

BUENOS AIRES

CRISTIANDAD

NÚMERO 54 - AÑO III

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Telef. 22446

BARCELONA

15 Junio de 1946

Oruz, 1 1.º - Teléfono 25676

MADRID

EN EL XIX CONGRESO INTERNACIONAL DE «PAX ROMANA»

¡Es vuestra hora, universitarios católicos!

“Siempre en tiempos de trastornos tan formidables como los que hemos presenciado ha sonado la hora de la Iglesia, la hora de todos sus fieles. *Es vuestra hora, universitarios católicos.* Vivid en guardia y tened conciencia de vuestra dignidad de cristianos. En los contactos indispensables con los que militan en campos contrarios, no os dejéis jamás arrastrar o comprometer en cosas que lleguen al honor católico, y menos todavía que ofendan de cualquier manera vuestras inviolables convicciones religiosas. Los católicos poseen la verdad de su fe y las enseñanzas de la Iglesia. En su programa social, hay una riqueza tal de fuerzas positivas y constructivas que no tienen necesidad de ir a pedirse las prestadas a nadie. Para vuestra Patria, lo mismo que para la Humanidad, vale aquel principio de que *solamente un pensamiento y una voluntad que estén animados por la fe cristiana pueden dar al mundo la verdadera paz...*” (1).

Los universitarios italianos que escucharon personalmente estas palabras de Pío XII representaban en aquel momento a los estudiantes católicos del mundo entero: porque ellas tenían valor universal, no eran sino repetición del pensamiento perenne de los Romanos Pontífices.

“Solamente un pensamiento y una voluntad que estén animados por la fe cristiana pueden dar al mundo la verdadera paz”; mas no bastan las fórmulas de un cristianismo vago, producto híbrido que lleve en sus venas los principios del liberalismo moderno: el Papa nos ha advertido ya bastante de que: *“la fe en Jesucristo no permanecerá pura e incontaminada si no está sostenida y defendida*

“In times of so great disturbances as those we have witnessed, the hour of the Church has come, and with it that of all her followers. Your hour has come, catholic university men.” Live alert and fully conscious of your dignity of Catholics. If you are obliged to make contact with those who accept principles contrary to yours, refuse to compromise in anything that affects either catholic honour or still more your inviolable religious convictions. Catholics possess the truth of their faith and the teaching of the Church. In her social programme there are such riches of constructive and really positive forces, that there is no necessity at all for catholics to borrow them from others. The principle that only intelligence and will quickened with christian faith can give the world true peace... (1), is as good for your own country as for all Humanity.”

The Italian students who personally heard these words from Pius XII, were representative of the catholic students of the whole world. For these words had a universal value, were only a repetition of the perennial thought of the Roman Popes.

“Only an intelligence and will quickened with christian faith can give the world true peace...” The teachings of a vague Christianity are not enough; they are a hybrid product through the veins of which run the principles of modern liberalism. The Pope has warned us sufficiently that “the faith in Jesus Christ will not remain pure and uncontaminated if it is not supported and guarded by the Church, the column and source of

“Toujours en des temps de troubles si redoutables comme ceux dont nous avons été les témoins, l'heure de l'Église a sonné, l'heure de tous ses fideles. C'est votre heure, Universitaires Catholiques!

“Soyez sur vos gardes, et ayez conscience de votre dignité de chrétiens. Dans les contacts indispensables avec ceux qui militent dans les camps contraires ne vous laissez jamais entraîner ou compromettre, en des choses qui touchent l'honneur catholique, et moins encore qui offensent en quelque façon vos convictions religieuses inviolables. Les catholiques possèdent la vérité de leur foi et les enseignements de l'Église. Dans leur programme social il y a une telle richesse de forces positives et constructives qu'ils n'ont pas besoin d'aller les emprunter à personne.

“Seulement une pensée et une volonté qui soient animées par la foi chrétienne peuvent donner la paix véritable au monde...” (1).

“Ce principe vaut pour votre patrie comme pour l'humanité.”

Les Universitaires italiens qui écoutèrent personnellement ces paroles de Pie XII représentaient les étudiants du monde entier, puisque les paroles qui leur étaient adressées avaient une valeur universelle, n'étant que la répétition de la pensée invariable des Pontifes Romains.

“Seulement une pensée et une volonté qui soient animées par la foi chrétienne peuvent donner au monde la paix véritable”; car les formules d'un christianisme vague, produit hybride qui porte dans ses veines les principes du libéralisme moderne, ne suffisent pas. Le Pape nous a déjà assez averti que “la foi en Jesus-

(1) Discurso a los Universitarios católicos italianos, 6-I-1946.

(1) Pius XII to the Italian catholic University men, 6 Jan. 1946.

(1) Discours aux Universitaires Catholiques Italiens, 6-I-1946.

EDITORIAL

por la Iglesia, columna y fundamento de la verdad" (2). En otras palabras, "No hay paz de Cristo sino en el Reino de Cristo" (3): porque el Reino de Cristo en la tierra es la Iglesia.

Sólo el reconocimiento de la maternidad sobrenatural de la Iglesia sobre todos los pueblos puede dar al mundo la paz verdadera, la paz fundada en la justicia y en el amor fraterno: todo intento de paz que no se funde en este reconocimiento, que no sea una "Pax Romana", está condenada a una vida efímera, está edificada sobre la arena.

Es preciso que el mundo, y ante todo nosotros mismos, comprendamos el sentido de estas palabras: "No hay paz de Cristo fuera del Reino de Cristo, fuera de la Iglesia", concreción en el orden político y social de las que han sido escándalo perenne de nuestros enemigos: "Fuera de la Iglesia no hay salvación"; mas fijémonos con qué espíritu las pronuncia el Pontífice: "recordando con la mayor alegría aquel vaticinio del mismo Cristo: y se hará un sólo rebaño y un sólo Pastor". "Dios quiera, termina, que veamos realizada cuanto antes con el resultado más satisfactorio esta tan consoladora y cierta profecía del Divino Corazón."

Esta última frase, tan atrevida en su expresión, entronca con todos aquellos pasajes en que los Romanos Pontífices, por dirigirse a sus hijos, a hombres que pueden comprenderles, insisten en que es condición necesaria para conseguir "Instaurare omnia in Christo" que utilicemos medios fundamentalmente sobrenaturales, y principalmente, la devoción a su Corazón Divino.

A la luz de estas enseñanzas cobran pleno sentido las palabras que bien podéis considerar, congresistas de "Pax Romana", como expresamente dirigidas a vosotros: ¡"Es vuestra hora, universitarios católicos!"

(2) Pío XI. Encl. "Mit brennender Sorge".

(3) Pío XI. Encl. "Ubi Arcano Dei". Las citas ulteriores pertenecen igualmente a esta Encíclica.

truth" (2). In other words: "There is no peace in Christ but in Christ's Reign" (3); for Christ's Reign on earth is the Church.

Only by the recognition of the supernatural Motherhood of the Church by all countries, can true peace come to the earth, peace built on justice and fraternal love; every attempt to build peace except on this recognition, on a basis that is not a "Pax Romana" is sentenced to a short life, for it is build on sand.

It is necessary that the world should understand, and above all that we ourselves should understand the real meaning of the words "there is no peace in Christ outside of Christ's Reign, outside the Church." This principle in the political and social order has been a constant scandal to our enemies: "out of the Church there is no salvation". Let us, however, put attention to the meaning which the Pope gives to them: "Remembering with the greatest joy the prophecy of Christ, our Lord Himself: There shall be one flock and one shepherd." May it please God, that this prophecy of the Sacred Heart, so true and comforting, be fulfilled so soon as possible and with the best results."

This last phrase, uttered in such bold words, binds up all the passages in which Roman Popes have specially insisted, as they speak to all their children, who are capable of understanding, that it is a necessary condition in order to "Instaurare omnia in Christo" to use means fundamentally supernatural, and principally devotion to his Sacred Heart.

Through this doctrine, the words Only through this doctrine Congressists of "Pax Romana", the words "your hour has come, catholic University man", that may be felt by you to be directed specially to yourselves, have their full meaning.

(2) Pius XI. Encyclical "Mit brennender Sorge".

(3) Pius XI. Encyclical "Ubi Arcano Dei". The following quotations also belong to this Encyclical.

Christ ne demeurera pure et sans souillure que si elle est soutenue et défendue par l'Église, colonne et fondement de la vérité" (2); en d'autres mots, "Il n'y a pas de paix de Christ si ce n'est dans le royaume de Christ (3); parce que le royaume de Christ sur la terre c'est l'Église.

Seule la reconnaissance de la maternité surnaturelle de l'Église sur tous les peuples peut donner au monde la paix véritable, la paix fondée sur la justice et l'amour fraternel: toute tentative de paix qui ne se fonde pas sur cette reconnaissance; qui ne soit une "PAX ROMANA", est condamnée a une vie éphémère, est bâtie sur le sable.

Il est nécessaire que le monde, et avant tout nous mêmes, nous comprenions le sens de ces paroles: "Il n'y a pas la paix de Christ hors du royaume de Christ, hors de l'Église", qui ne sont qu'une concrétion dans l'ordre politique et social de celles qui ont été le scandale perpétuel de nos ennemis: "Hors de l'Église point de salut". Mais remarquons l'esprit avec lequel les prononce le Souverain Pontife: Rappelant avec la plus grande joie cette vaticination du Christ lui-même: et il se fera un seul troupeau. et un seul pasteur". Dieu veuille, termine-t-il, que nous voyions réalisée le plus tôt possible avec le résultat le plus satisfaisant cette prophétie si consolante et si vraie du Coeur Divin".

Cette dernière phrase si hardie dans son expression s'unit à tous ces passages dans lesquels les Pontifes Romains pour s'adresser à leurs fils, a des hommes qui peuvent les comprendre, insistent sur ce fait que s'est une condition nécessaire pour "Instaurare omnia in Christo" que nous nous servions de moyens fondamentalement surnaturels et surtout de la dévotion à son Divin Coeur.

A la lumière de ces enseignements les paroles que vous pouvez considérer, congresistes de "PAX ROMANA", comme vous étant expressément dirigées, acquièrent un sens complet: C'est votre heure, Universitaires Catholiques!

(2) Pie XI, encl. "Mit brennender Sorge".

(3) Pie XI, encl. "Ubi Arcano Dei". Les citations ulteriores sont partie également de cette Encyclique.



El arco iris de la "Pax Romana"

El Congreso de "Pax Romana" que se ha de celebrar en España la segunda quincena de este mes de junio ha inducido a CRISTIANDAD a publicar este número. En él no hace sino reafirmar su idea, la que le dió vida; la que es la única razón de su existencia, la única justificación de los trabajos y sacrificios que se imponen o que soportan cuantos intervienen en ella.

No debemos ocultar —la justicia y la gratitud nos obligan a no ocultarlo— que con frecuencia nos llegan palabras de aliento, no tan sólo de España, sino también del extranjero, sobre todo de Portugal y de América. Estas palabras de aliento siempre traen consigo significación de benevolencia. Jamás dudamos de la sinceridad de quien nos las dice. Mas, no podemos disimularlo, a las veces nos asalta la duda, no de si somos objeto de benevolencia, pero sí, de si somos comprendidos. Y lo que nos pone recelosos es el saber que aun ahora, después de dos años de hablar al público nos llegan noticias de que no falta quien dice: ¿A qué va CRISTIANDAD? ¿Qué se propone? CRISTIANDAD al oír esto se queda como desconcertada, porque desde el primer día ha querido hablar con toda claridad y sinceridad, tanto que ya no sabe encontrar palabras más claras con que expresarse; por lo cual no le queda otro recurso que volver a repetir lo mismo, aun a riesgo de caer en la monotonía. Y esta es la razón principal que hace a CRISTIANDAD aprovechar la ocasión que le ofrece el Congreso de "Pax Romana" para publicar este número que casi no será otra cosa que una antología de pasajes de números anteriores, en que tratando de la paz, y de la paz tal como la desea y busca "Pax Romana", ha formulado una y otra vez la idea que le ha dado la vida y en ella la conserva.

CRISTIANDAD y «Pax Romana»

La paz que desea y busca "Pax Romana" no es otra que aquella paz que tomó por ideal y divisa el Sumo Pontífice Pío XI desde el principio de su Pontificado: "Pax Christi in regno Christi"; la paz de Cristo en el Reino de Cristo. Por esto "Pax Romana" se lo ha apropiado, ha hecho de esta expresión de Pío XI su propia divisa. Y CRISTIANDAD si no la ha tomado por divisa, la ha elegido por ideal. Por esto desde el primer momento ha trabajado por entender el genuino sentido de dicha fórmula, precisamente en los documentos pontificios que son de tal claridad, que no dejan lugar a discusión. Basta leerlos con atención, reverencia y docilidad. Por esto CRISTIANDAD para difundir su conocimiento y para facilitarlo, no ha cesado de insertar literalmente los fragmentos más significativos de dichos documentos, ora en el cuerpo de los artículos, ora en la sección "Nova et vetera", y ha llamado en su auxilio al arte tipográfico para dirigir hacia ellos la atención del lector y facilitar la inteligencia.

Intención de este artículo

Dos años hace que CRISTIANDAD se publica y en uno y otro al llegar la Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús le ha dedicado todo un número. Este año concurre esta fiesta en la segunda quincena de junio con el Congreso de "Pax Romana" y el plan de que hemos hablado de dedicar a éste un número nos impedía hasta cierto punto seguir la costumbre de los otros dos años. Este impedimento en reali-

dad es más aparente que real, porque según el pensamiento de Pío XI, la fórmula "La Paz de Cristo en el Reino de Cristo" es innegable que se ha de completar con esta otra "Al Reino de Cristo por la devoción al Corazón de Jesús". Por esto nosotros que queremos ser discípulos fieles e íntegros del Magisterio Pontificio no sabemos separar estas dos fórmulas que creemos indivisibles. Y por esto nos ha parecido necesario al tratar de la primera no dejar en la sombra la segunda, y a esta intención responde el presente artículo.

La Encíclica «Annum Sacrum»

Si algún día, benévolo lector de CRISTIANDAD —dado que no lo hayas hecho hasta ahora— te determinas a leer con interés y atención los documentos pontificios que tratan de la devoción al Corazón de Jesús y de su importancia, no andarás fuera de camino, a nuestro juicio, en comenzar tu tarea por la lectura de la Encíclica "Annum Sacrum" de León XIII. Es aquella por la cual al finalizar el siglo pasado notificó al mundo entero su determinación deliberada de consagrarlo al Sagrado Corazón. Es ella un documento de tan subido valor, y de tan vital actualidad, que bien comprendido es suficiente para orientar al que no sabe qué rumbo seguir y para confortar el ánimo abatido del pesimista. Por otra parte, las gravísimas y ponderadas palabras con que el Papa expresa su pensamiento, tienen poder para impresionar al corazón del cristiano más frío. Tal vez asomará a los labios del incrédulo una sonrisa burlona al enterarse del remedio con que el Romano Pontífice espera que se han de curar los males del mundo actual. Pero ¿no se helará esta necia sonrisa, si cae en la cuenta de quién es el Papa que propone la medicina con tanta fe en su eficacia? Si no ha llegado a lo más hondo de la irracionalidad e insensatez no podrá menos de respetar la augusta personalidad de León XIII, de rendir homenaje a la elevación de sus miras, de reconocer el valor de su sabiduría. ¡Tan lejos estará de mofarse de la luz sobrenatural que no pueden resistir sus ojos miopes y enfermizos! Con todo nos hacemos cargo de que para el incrédulo ha de ser una paradoja inexplicable el que puedan salir de la misma inteligencia las observaciones tan humanas de la celebrada Encíclica "Rerum Novarum", y las sobrenaturales afirmaciones de la Encíclica "Annum Sacrum".

Mas el pensador creyente e iluminado por la luz superior de la fe, lejos de hallar oposición entre uno y otro pensamiento, echará de ver que en la Encíclica "Annum Sacrum" se propone el complemento de la otra; el alma que le da vida. ¿No cierra el mismo León XIII la Encíclica "Rerum Novarum" con la solemne afirmación de que los problemas sociales de nuestros tiempos han de tener el principal remedio en una gran efusión de Caridad, de aquella Caridad cristiana que es el principio de la vida sobrenatural? Y ¿dónde está la fuente única y siempre inexhausta de esta caridad si no en el Corazón de Jesús? ¿Qué maravilla será, pues, que su Vicario en la tierra señale al universo entero dónde hallará el manantial del agua que le ha de sanar?

CRISTIANDAD y la Encíclica «Annum Sacrum»

Decíamos más arriba que el ideal de CRISTIANDAD se cifra en estos dos lemas: 1.º *Al Reino de Cristo por la devoción al Corazón de Jesús*; 2.º *La Paz de Cristo en el Reino*

de Cristo. ¿Dónde podrá el mundo hallar la paz verdadera, que ha de ser fruto y exponente de su salud verdadera? En el Reino de Cristo; en el reconocimiento pleno y voluntario de la soberanía de Cristo, de su divina autoridad. Y, ¿cómo podrá ser llevado el mundo actual, incrédulo y rebelde, a reconocer y acatar la soberanía de Cristo? Por la devoción a su Divino Corazón, por la creencia en sus promesas y por la confianza en sus auxilios.

Ahora bien, estos dos lemas y la conexión que los unifica queda todo ello probado y declarado en la Encíclica "Annum Sacrum". La conexión de estos dos lemas fué la estrella polar que guió los pasos del P. Enrique Ramière en todas sus empresas, y de su conocimiento y sentido hizo heredero al Apostolado de la Oración con el encargo de que éste los difundiera por el mundo. Y estos dos lemas y la conexión que los une, todo lo hallamos afirmado y declarado en la Encíclica "Annum Sacrum"; más aún, todo lo hallamos allí incorporado por vez primera en el Magisterio Pontificio de la Iglesia universal.

Con esto verá cualquiera el porqué CRISTIANDAD, que por cierto no es propiedad ni pertenencia del Apostolado de la Oración, pero que a él debe su espíritu y la formación de aquéllos que desde su nacimiento han formado el núcleo de su redacción, aprecia y pone sobre su cabeza a la encíclica "Annum Sacrum".

Una «aporía» verosímil

Con lo dicho se dará el lector cuenta y razón del consejo de comenzar sus lecturas por la Encíclica de que tratamos. Al avanzar en su lectura se convencerá fácilmente que de verdad el sabio Pontífice afirma que el remedio único y eficaz del mundo actual no es otro que el reconocimiento y el acatamiento, pleno y voluntario, de la Soberanía de Cristo, y por consiguiente, que al reinado de Cristo está vinculada la paz de Cristo, la paz sólida y estable, la paz que es condición necesaria de la prosperidad y del bienestar. "Entonces será posible, dice el Romano Pontífice, sanar tantas heridas; entonces revivirá todo derecho con esperanza de que recobre su prístina autoridad; y quedarán restituidas las galas de la paz; y caerán las espadas y huirán las armas de las manos; cuando todos aceptarán de buen grado la soberanía de Cristo y le obedecerán y toda lengua confesará que *Jesucristo Nuestro Señor está en la gloria de Dios Padre*".

Más bien podría suceder —no sería inverosímil— que antes de llegar a este pasaje, en que casi se contiene ya la conclusión de la Encíclica, entrara un lector sutil en aquel estado de espíritu, a que los modernos aplican el vocablo griego "aporía". Esto es, en aquella desazón desconcertante que es efecto de una duda no esperada; como suele acontecer en un razonamiento del cual esperábamos la deducción clara e indudable, y al no hallar la luz que se esperaba se siente un movimiento de decepción.

¿Puede esto acontecer en la lectura de la Encíclica de que hablamos? ¿Es verosímil que acontezca? A nuestro parecer, no deja de ser posible. Vamos a declarar por qué.

Para que se eche de ver lo posible de la "aporía" reconstruyamos la argumentación de la Encíclica, y lo que pretende en primer lugar demostrar.

La argumentación del Pontífice se dirige a demostrar la legitimidad de la determinación que ha tomado; la justificación del acto de consagración del mundo al Corazón de Jesús. Y el camino que sigue no es otro si no el poner de manifiesto la soberanía de Cristo y sus títulos, y el consiguiente derecho a que todos los hombres reconozcan y acaten esta soberanía. De aquí se deduce la obligación estricta en que están todos los hombres de reconocer esta soberanía.

Hasta aquí la fuerza de la argumentación es ineluctable. Entonces el Papa da un paso más, y declara en qué consiste

la consagración y en que está su justificación. La consagración no es una mera aceptación de la autoridad soberana de Cristo. Es algo más perfecto, más libre, más generoso; es un acto de agradecimiento, de noble fidelidad; es una afirmación de la espontaneidad con que el vasallo se entrega al soberano; cuya tendencia se dirige a significar, que aún en la suposición absurda de que el que se va a consagrar a Cristo Rey no estuviera en el deber de acatar su soberanía, él, por propia iniciativa, se entregaría a su divino servicio. Claro está que con sólo su declaración este acto queda justificado, como queda asimismo declarada su nobleza y generosidad y por tanto cuánto ha de ser agradable a Jesucristo.

Con estas indudables y generosas razones, manifiesta León XIII la nobleza y la conveniencia del acto de consagración a Jesucristo.

Más ahora precisamente se insinúa el peligro de la "aporía".

¿No podría ocurrírsele a un lector de ingenio algo sutil, por no decir quisquilloso. una dificultad?: Concedido, diría, que la argumentación demuestra, sin dar lugar a duda, que la consagración, o sea, la entrega de nuestra libertad, de nuestra personalidad a Jesucristo como soberano es acto razonable y de tendencia nobilísima. Pero, añadiría: Con perdón del Papa León XIII y de su alta sabiduría, no veo cómo con esto queda demostrada la razón de la Consagración al Corazón de Jesús. Verdad es que al Papa no le pasa por alto esta dificultad y que trata de obviarla.

"...y porque en el Sagrado Corazón hay un símbolo y una imagen expresa de la caridad infinita de Jesucristo, la cual nos mueve al amor mutuo, será cosa muy conveniente el consagrarse a su Corazón augustísimo, y esto no es si no entregarse a Jesucristo y obligarse con Él, ya que cuanto honor, cuanto obsequio, cuanta piedad se ofrenda al Divino Corazón, en realidad de verdad se ofrenda al mismo Jesucristo".

Toda esta doctrina del Pontífice está propuesta con claridad y razonada lógicamente. Mas el lector sutil, avanzando en su análisis escrupuloso, no cesa en su insistencia: ¿por qué entonces acudir a este rodeo? ¿por que no valerse desde el principio para justificar la entrega al Corazón de Cristo de un motivo de amor, como es el amor mismo de Jesús? ¿Por qué no decir desde luego, sin más ambages, al cristiano, al hombre, al linaje humano: ama a Jesús, por que Él te ama; entrégate por amor al amor de Jesús, conságrate por amor al Corazón amoroso de Jesús? Todas estas frases expresan la misma idea con matices diferentes. ¿Por qué presentarle como Rey, como Soberano, para mover a los hombres al amor perfecto de Jesús? Este título y aspecto siempre tendrá más eficacia para mover a la reverencia que al amor. ¿Por qué no valerse de otro título y presentar a Jesús como hermano primogénito, que ha llegado en su amor hasta el sacrificio de su vida; o como amante y como esposo de las almas —que a sus puertas cubierto de rocío— pasa las noches del invierno oscuras?

Camino de la solución de la «aporía»

Sí, lector mío, amante de la verdad, si quieres que te hable con franqueza, lo que tú dices creo que pediría la psicología natural y aún tal vez la sobrenatural ordinaria. Así quizás discurriría cualquier persona piadosa que se preciara más o menos de ser concedora del corazón humano. ¿Por qué los Pontífices Romanos León XIII y Pío XI, que son los que expofeso han tratado de la Consagración al Corazón de Jesús, apoyan en primer lugar su motivación en la realeza, en la soberanía de Cristo, en su derecho de jurisdicción universal e irrenunciable, que a Cristo compete sobre cada hombre en particular, y sobre las sociedades y sobre todo el linaje humano? ¿Será que los Romanos Pontífices no conocen los resortes del humano corazón? ¿Será

que no han profundizado la psicología de la devoción al Corazón de Jesús? ¿Quién se atrevería a pensarlo?

Veamos de hallar el camino que nos conduzca a una solución que quiete la inteligencia. Para dar con él advirtamos el punto de partida del discurso del Pontífice, y al propio tiempo pongamos la mira en el término a que se dirige. León XIII parte del supuesto que tiene delante de sí un mundo del cual una gran parte desconoce a Jesucristo, que jamás ha reconocido su soberanía, y aún quizás se resiste a conocerle; otra gran porción está constituida por los herejes y los cismáticos, que forman parte de comunidades separadas del Reino de Cristo, que es la Iglesia Católica; otra parte, tal vez no menor, la integran los que hoy en día son multitud, los que habiendo nacido en el seno de la Iglesia rechazan su fe y su autoridad y viven en revolución contra la autoridad de Cristo.

En torno de sí contempla el Pontífice a los católicos, que conservan la fe de Cristo y profesan obediencia a su ley. Mas de éstos; ¿cuántos viven en el frío de la indiferencia!

Una porción escogida se agolpa alrededor del Vicario de Cristo y se acoge a su dirección paternal. Son los fieles súbditos de Cristo, los que reconocen de palabra y de corazón su realeza. El mundo va de catástrofe en catástrofe y el corazón del Pontífice quiere la salvación de todos, el bienestar, la paz.

¿Dónde se hallará el remedio salvador? Las desgracias proceden de que el mundo persiste en su alejamiento de Cristo, en el desconocimiento y en la rebelión contra su divina autoridad. La salvación no puede estar si no en acogerse a Cristo, en el reconocer y acatar su soberanía.

Una corriente de espiritualidad cada vez más caudalosa y manifiesta, conduce a los fieles súbditos de Cristo a proclamar a la faz del mundo los derechos soberanos de su Rey. Un instinto, que no puede ser si no divino, induce en el pueblo cristiano la confianza de que en esta su profesión de fe está el germen de salvación. Es la devoción a Cristo Rey.

Mas he aquí que a la par se produce un fenómeno que no tiene explicación fácil en lo meramente humano: la fusión de la devoción a Cristo Rey con la devoción al Corazón de Jesús.

Allá en los albores de la devoción al Corazón de Jesús, tal vez la vidente de Paray-le-Monial entrevió la conexión providencial entre ambas devociones.

Sea lo que fuere de lo que conoció la Santa, más de siglo y medio transcurrió después de su muerte, sin que los devotos del Corazón divino entendieran aquellas divinas palabras: "Reinaré a pesar de mis enemigos", según la significación que hoy les damos; cosa que no tiene fácil explicación para quien haya leído con reflexión los escritos de Santa Margarita.

Pero llegó el tiempo señalado por la Divina Providencia, para que el pueblo devoto del Sagrado Corazón comprendiera la divina intención que aquel lenguaje encerraba. "Reinaré a pesar de mis enemigos", repetía sin cesar a su fiel discípula el Maestro soberano, y al llegar el tiempo oportuno, el pueblo piadoso y devoto del Corazón de Jesús comprendió que aquellas divinas palabras eran una respuesta anticipada al grito de la impiedad revolucionaria: "no queremos que Éste reine sobre nosotros". Y esta interpretación reveladora de las palabras de Cristo, necesariamente hubo de crear conexión tan íntima entre la devoción a la Realeza de Cristo y la devoción a su Corazón Divino, que no nos retractamos de haberla llamado fusión.

Adalid de esta conexión salvadora fué nuestro P. Ramière. Él fué quien ya solicitó con insistencia de Pío IX la Consagración del mundo al Sagrado Corazón, que cinco lustros después realizó León XIII. Si no consiguió la ple-

na satisfacción de su deseo, no quedó del todo defraudada su esperanza; porque el mismo Pío IX vencido por la filial insistencia del buen Padre, si no quiso realizar por sí mismo el acto de la Consagración mundial, permitió y aún procuró que todo el pueblo cristiano lo hiciera y él mismo aprobó y bendijo la fórmula de consagración redactada por el P. Ramière.

Es verdad que en esta fórmula no se hace mención expresa de la Realeza de Cristo. Mas no se puede dudar del sentido que ya en aquel entonces le atribuye el pueblo fiel y devoto. Testimonio tenemos de ello en España, en el precioso libro de don Gabino Tejado, publicado a raíz de aquella Consagración primera, titulado: "El Catolicismo liberal"; puesto que en el comentario explicación de la fórmula prescrita se contiene una espléndida declaración de la Soberanía de Cristo y de su excelencia, necesidad y eficacia.

Ya en el último cuarto del siglo pasado, esta manera de fusión entre ambas devociones llegó a ser tan del dominio popular, que vino a concretarse en una fórmula más expresiva. Ya no se afirmó solamente que la Consagración al Sagrado Corazón ha de llevar al mundo al reconocimiento y acatamiento de la Soberanía de Cristo, sino que se comenzó a usar aquella conocida expresión: "El Reinado del Corazón de Jesús".

La ratificación del Pontífice

En el número 39 de CRISTIANDAD (1 novbre. 1945) publicamos un artículo que llevaba por título "Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey". En él intentamos hacer resaltar la intención de Pío XI al instituir dicha fiesta, tal como se manifiesta en la Encíclica *Quas primas*. Esta intención veíamos no ser otra, si no la de difundir más y más la idea y la doctrina de la Realeza de Cristo, y el motivo que impulsaba al Papa a poner en ello tanto esfuerzo, hallábamos ser la persuasión de que dicha idea, bien comprendida y sentida, habría de mover a los hombres a reconocer la necesidad de acatar la soberanía de Cristo, en lo cual, según el mismo Papa, se encierra el remedio de todos los males del mundo, y su verdadero bien aún en el orden temporal; hasta el punto de afirmar que de dicho reconocimiento depende la posibilidad y la realidad de la paz social e internacional.

La eficacia salvadora del acatamiento de la soberanía de Cristo ya hemos visto más arriba cómo ya el Papa León XIII la afirma y la pondera.

Pero aún hay más, en toda la Encíclica de Pío XI transciende un sentimiento de sobrenatural optimismo, es a saber, el sentimiento de la actualidad de la idea de Cristo Rey; actualidad que consistirá en una disposición singular de la actual sociedad para entenderla y en la explicitación evolutiva de su contenido que la adapta en forma especial a las inteligencias y aspiraciones de la actual sociedad: Diríamos que Pío XI considera a la idea de la Realeza de Cristo como la *idea-fuerza* capaz de abrirse camino y penetrar en la entraña del mundo actual. A esta manera de adaptación le dábamos el nombre de *actualidad psicológica*.

Pero a renglón seguido añadíamos literalmente: "La esperanza de que el mundo quiera aceptar el Reinado de Cristo fundada en su *actualidad psicológica*, no tenemos por qué negarlo, deja al espíritu en zozobra. ¿Cuántas veces el hombre ve lo que le conviene; lo aprecia en lo que vale; se siente atraído por ello, mas en último término lo rechaza! ¿No será también de temer la misma inconsecuencia de nuestra sociedad, cuando se enfrente con su remedio y su bien?"

Contra esta incertidumbre e inseguridad en que nos dejaba la posible resistencia de la humana libertad, nos sentíamos enfortados al considerar otra manera de actualidad

de la idea de Cristo Rey: su *actualidad providencial*; aquella actualidad que le confiere, no el valor intrínseco de su contenido ni el atractivo que pueda o deba ejercer en el espíritu de nuestra sociedad la virtualidad satisfactiva de sus indigencias y aspiraciones, sino la fuerza que le sobreañade la providencia eficaz de Dios; la garantía de su divina promesa.

Mas, ¿no será un ensueño, una ilusión tal esperanza, la creencia de que Dios la garantiza? y, supuesta la realidad de la garantía divina ¿cuál será el objeto real de la legítima esperanza?

Es innegable que el pueblo cristiano y piadoso, el devoto fervoroso del Corazón de Jesús, vive en la esperanza de su reinado de justicia y de caridad. ¿Pero sabe el pueblo piadoso, en realidad, lo que espera? ¿Qué se promete, por ejemplo, el pueblo español cuando confía en la conocida promesa hecha al P. Bernardo de Hoyos? ¿Qué cuando a voz en cuello entona "Corazón Santo tú reinarás"? Por lo demás ¿quién le inspira esta creencia? ¿es el Espíritu Santo o es una pura ilusión popular? Desde luego hay que reconocer que en el pueblo cristiano se infiltran a las veces vanas opiniones y hasta supersticiones ridículas. Pero dado que un espíritu discreto sabrá fácilmente distinguir entre aquellas mentiras transitorias y localizadas, y esta esperanza general que lejos de desvanecerse con el tiempo, va creciendo, ¿será esta diferencia prueba suficiente de intervención providencial del Espíritu de Dios?

Inclinará a poco la balanza en favor del influjo de Dios en la difusión y consolidación de la piadosa esperanza, la indiscutible autoridad de las revelaciones de Paray, de donde toma su origen. ¿Qué es la piadosa creencia si no una interpretación razonable de las promesas de Paray? Y las promesas de Paray es verdad que nos constan solamente por revelaciones privadas, mas estas revelaciones son tales que la Iglesia, tan cauta y aún recelosa al juzgar en tales causas, y que en los casos más favorables no suele pasar más allá de la declaración magistral de que en la revelación encausada nada aparece contrario ni al dogma ni a la moral, ante las revelaciones de Paray modifica su actitud, y no duda en apoyarse en ellas al tomar determinaciones de importancia, como es la Consagración del mundo al Corazón de Jesús. Claro es que este uso que de las revelaciones hace no las saca de su índole privada. Pero, quien se atreviera a negarlas, dado que es cierto que no incurriría en la pravedad herética ¿se vería libre de la nota de temeridad?

Pero hay más, mucho más. A favor de la piadosa creencia se nos da una prenda de su verdad de valor mucho máspreciado. Es el voto de los Vicarios de Cristo, de los Papas León XIII, Pío XI y Pío XII, que en documentos de su magisterio ecuménico, dirigiéndose a toda la Iglesia Católica, sin vacilaciones ni ambages, votan por la confianza piadosa; con lo cual la valorizan ante la conciencia cristiana. Ridículo sería defendernos contra quien sospechara que hacemos intervenir en este problema la infalibilidad pontificia. Pero no vayamos al otro extremo; sin necesidad de acudir al recurso de la infalibilidad del Papa, ¿pensará prudentemente quien juzgare que tres Papas han hablado de ligero al confirmar en solemnes documentos la creencia popular? ¿Hasta tanto llegarían las permisiones divinas? Pero, ¿será verdad que tres Vicarios de Cristo, en documentos solemnes, manifiesten participar de la confianza popular y la confirman con su sufragio?

Por lo que toca a León XIII lo atestigua claramente el remate solemnisimo de su Encíclica *Annum Sacrum*. Pues al finalizar la Encíclica afirma el Papa sin dejar lugar a duda la eficacia de remedio y de salud, de justicia y de paz sólida, que aportaría al mundo alejado de Cristo el acatamiento de su soberanía divina. Y entonces con la in-

tención manifiesta de inspirar alientos de confianza, suelta la rienda a su estilo y se remonta a las alturas de lo sublime a semejanza de los profetas de Israel y brota de su pluma aquella majestuosa comparación.

"Cuando la Iglesia cercana aún a sus orígenes se sentía oprimida por el yugo Cesáreo, se dejó ver la Cruz en lo alto, al joven Emperador, prenuncio y causa a la par de la victoria nobilísima que al poco se siguió. He aquí que hoy se ofrece a nuestros ojos una señal dichosísima y divinísima: es a saber, el Corazón sacratísimo de Jesús, surmontado por la Cruz, y refulgiendo entre llamas de purísimo resplandor. En Él hay que poner la esperanza; de Él hay que impetrar y esperar la salvación".

El paralelismo es perfecto. A Constantino se le aparece la Cruz, prenuncio y causa de la victoria, que inauguraré el imperio cristiano. Al mundo actual una sola salvación le queda, la sujeción voluntaria a la soberanía de Cristo, es decir, la victoria de Cristo sobre el mundo por el amor; hoy aparece a nuestros ojos una señal divinísima, el Corazón de Jesús tal como apareció a Santa Margarita Maria, tal como el pueblo cristiano lo ha recibido por medio de ella en imagen. *Signum auspiciatissimum*, prenuncio de promesas y victoria; de la victoria de Jesucristo por amor, sobre el mundo sublevado contra su imperio de amor. Huelgan los comentarios.

El Papa Pío XI en su Encíclica *Miserentissimus Redemptor*, transcribe íntegramente aquel pasaje de León XIII, se lo hace suyo sin reserva, lo declara y lo confirma ampliamente, y después de recordar la solemne consagración del mundo, afirma que al instituir por su Encíclica *Quas primas* la fiesta de Cristo Rey, ha querido dar complemento y perfección al acto de León XIII, la cual a su vez fué el resultado de la confesión de la Realeza de Cristo, que entrañaban las consagraciones particulares al Corazón de Jesús, y concluye con aquellas palabras de mucha mayor claridad y precisión que las de León XIII: "Al hacer aquello —al instituir la fiesta de Cristo Rey— no tan sólo pusimos en evidencia la suprema soberanía que Cristo posee, sobre el mundo universo, sobre la sociedad civil y doméstica, sobre cada hombre en particular, sino también anticipamos las alegrías de aquel día felicísimo en que el universo entero de grado y de voluntad obedecerá al imperio suavísimo de Cristo Rey".

Resta que prestemos oído a las palabras del Pontífice reinante, que en su primera Encíclica *Summi Pontificatus* hace suyo cuanto nos han dicho León XIII y Pío XI:

"El arcano designio del Señor Nos ha confiado, sin algún merecimiento nuestro, la altísima dignidad y las gravísimas preocupaciones del Pontificado Supremo, precisamente el año en que recurre el cuadragésimo aniversario de la consagración del género humano al Sacratísimo Corazón del Redentor, que nuestro inmortal predecesor León XIII intimó al orbe, al declinar el pasado siglo, en los umbrales del Año Santo.

"¿Con qué júbilo, emoción e íntima aprobación acogimos entonces como mensaje celeste la encíclica *Annum Sacrum*, precisamente cuando, novel sacerdote, habíamos podido recitar: *Introibo ad altare Dei!* ¿Y con qué ardiente entusiasmo unimos nuestro corazón a los pensamientos y a las intenciones que animaban y guiaban aquel acto verdaderamente providencial de un Pontífice que con tan profunda agudeza, conocía las necesidades y las llagas manifiestas y ocultas de su tiempo! ¿Cómo, pues, no sentiremos hoy profundo reconocimiento a la Providencia, que ha querido hacer coincidir nuestro primer año de pontificado con un recuerdo tan importante y querido de nuestro primer año de sacerdocio? ¿Cómo no acoger con júbilo tal coyuntura para hacer del culto al *Rey de reyes* y *Señor de señores* como la plegaria del *introito* de este nuestro pontificado,

con el espíritu de nuestro inolvidable predecesor, y para fiel actuación de sus intenciones? ¿Cómo no hacer de él el alfa y el omega de nuestra voluntad, de nuestra esperanza, de nuestra enseñanza y de nuestra actividad, de nuestra paciencia y de nuestros sufrimientos, consagrados todos ellos a la difusión del Reino de Cristo?
(...)

De la difusión y del arraigo del culto del Divino Corazón del Redentor, que encontró su espléndida corona, no sólo en la consagración del género humano, al declinar del pasado siglo, sino aún en la introducción de la fiesta de la Realeza de Cristo por nuestro inmediato predecesor, de feliz memoria, han brotado inefables bienes para un sinnúmero de almas: *impetuoso río alegre la ciudad de Dios*".

Cualquiera declaración o comentario no haría si no oscurecer el pensamiento de los Vicarios de Cristo.

Solución de la «aporía»

Un soberano amante del pueblo es digno de amor. Su persona es tanto más atractiva cuanto más aúna la bondad de corazón con la elevación de su majestad.

Es verdad que Jesús amigo, Jesús hermano, Jesús esposo atrae más fácilmente el corazón y lo mueve a ternura. Pero considerado el plan de Dios cifrado en aquella fórmula al Reino de Cristo por la devoción y el amor al Corazón de Jesús, es más conducente a este plan hacerle amar de los hombres como Rey soberano, mucho más siendo

como es, según dice León XIII, Rey que reina por la verdad, por la justicia, por el amor.

El arco iris de «Pax Romana»

Bastará leer con atención los pasajes transcritos en este artículo de los documentos pontificios para echar de ver que la paz a que aspiran los Pontífices Romanos, la paz que esperan del Corazón de Jesús, la paz de Cristo en el Reino de Cristo, no es aquella paz precaria y circunstancial que puede dar la diplomacia, o los tratados internacionales. No es una paz condicionada a las tristes circunstancias actuales. Esta es la paz del mal menor, a la cual es prudente acogerse, cuando no puede alcanzarse el bien mayor. Será una paz que un Pontífice Romano admitirá prudentemente, como la habrían admitido tantos Pontífices Romanos. Pero no es la auténtica *Pax Romana*: *la paz de Cristo en el Reino de Cristo*.

La auténtica *Pax Romana* va precedida de una señal, de la señal de un Arco Iris. ¿Y cuál es este Arco Iris de paz? Nos lo dice Pío XI en su Encíclica *Miserentissimus Redemptor*: "Así como en los tiempos antiguos, al salir la familia humana del Arca de Noé quiso Dios que les brillara un signo, el arco que apareció en las nubes, así en las circunstancias turbulentísimas de la edad moderna... el benignísimo Jesús manifestó en lo alto a los pueblos su Corazón Sacratísimo, como bandera de paz y caridad, prenda segura de la victoria en la lucha".

Ramón Orlandis S. J.



Nos sentimos aún más sensiblemente que de ordinario un inmenso dolor al contemplar a la sociedad humana alejada más que nunca de Jesucristo, y al mismo tiempo una indecible compasión ante el espectáculo de las calamidades sin precedentes que la afligen por su apostasía. Por eso nos sentimos movidos a levantar de nuevo nuestra voz para recordar a nuestros hijos del mundo católico los avisos que el Corazón Divino no ha cesado de inculcar a través de los siglos en sus revelaciones a las almas privilegiadas, que se ha dignado escoger por mensajeras suyas. Recordad la justicia indicadora del Señor con una cruzada de expiación en el mundo entero; oponded al escuadrón de los que blasfeman el nombre del Señor o quebrantan su Ley, una liga mundial de todos los que le rinden el honor debido y ofrecen a su Majestad ofendida el tributo de homenaje, de sacrificio y de reparación...

(De la alocución de S. S. Pío XII, del 1.º de junio de 1946)

TRIPTICO

I

Cuando los pueblos honraban a la Iglesia como madre

La Paz y la Guerra entre Príncipes cristianos

Si alguien de sano juicio compara esta edad en que vivimos—tan hostil a la Religión y a la Iglesia de Cristo—con aquellos tiempos tan felices en que los pueblos honraban a la Iglesia como Madre, verá en seguida que nuestra época llena de disturbios y de destrucción se precipita derecha y velozmente a su perdición; y que aquellos tiempos florecieron con instituciones excelentes, con la tranquilidad de la vida, con riquezas y prosperidad en tanto mayor grado cuanto que los pueblos se mostraron más dóciles al gobierno de la Iglesia y más observantes de sus leyes.

León XIII.—Enc. *Inscrutabili* (1878)

Es que no hay institución alguna humana que pueda imponer a todas las naciones un código de leyes comunes acomodado a nuestros tiempos como fué el que tuvo en la Edad Media aquella verdadera Sociedad de Naciones que era una familia de pueblos cristianos. En la cual, aunque muchas veces era gravemente violado el derecho, con todo, la santidad del mismo derecho permanecía siempre reconocida por todos, como norma segura según la cual eran las naciones mismas juzgadas.

Pío XI, Enc. «*Ubi Arcano*» (1922)

Ciertamente que cuando Europa fraternizaba en idénticos ideales recibidos de la predicación cristiana, no faltaron disensiones, sacudimientos y guerra que la desolaron; pero, tal vez, jamás se experimentó más penetrante el desaliento de nuestros días sobre la posibilidad de arreglo; estando viva entonces aquella conciencia de lo justo y de lo injusto, de lo lícito y de lo ilícito, que posibilita los acuerdos, mientras refrena el desencadenarse de las pasiones, y deja abierta la vía a una honesta inteligencia. En nuestros días, por el contrario, las disensiones no provienen únicamente del ímpetu de las pasiones rebeldes, sino de una profunda crisis espiritual, que ha trastornado los sanos principales de la moral pública y privada.

Pío XII, Enc. «*Summi Pontificatus*» (1939)

Viviendo San Bernardo, por ejemplo...

EL pueblo de la ciudad de Metz, no pudiendo sufrir los insultos de los señores vecinos, salió contra ellos en gran número; pero fué vencido, y perecieron cerca de dos mil, asesinados unos, ahogados otros, en el Mosela. Esta gran ciudad se preparaba a la venganza, y sus enemigos, enriquecidos por el botín y envalentonados por la victoria, querían continuar la guerra que había arruinado toda la provincia. Entonces, Hillin, Arzobispo de Tréves y Metropolitano de Metz, creyó que San Bernardo era el único que podía remediar estos males. El fué a Clairvaux, y arrojándose a los pies del Santo Abad, y de todos los monjes, le conjuró para que viniera en socorro de este pueblo afligido. Por una providencia especial se encontró con que San Bernardo luego de haber estado a punto de morir mejoró luego de algunos días. Siguió al Arzobispo y cuando hubieron llegado al sitio tuvieron una conferencia a la orilla del Mosela. Allí, como en la santa abadía, exhortaba a los dos partidos a la paz, los señores la rehusaron obstinadamente y levantándose furiosos se marcharon sin decirle adiós.

No se pensaba por una y otra parte más que en volver a tomar las armas, cuando el Santo abad dijo a los her-

manos que le habían seguido: “No os turbéis, la paz se hará por muchas dificultades que haya”. En efecto, después de media noche recibió a una representación de los señores que solicitaban su presencia. Se le unió de nuevo y se trató de la paz durante algunos días. Las dificultades fueron grandes, se desesperó a menudo del resultado; pero esta demora favoreció a varios enfermos a que el Santo hombre devolvió la salud, y sus milagros contribuyeron mucho a la conclusión de la paz. La multitud del pueblo que se empeñaba en besar los pies del Santo, le obligó a embarcarse y a alejarse de tierra, y, como él exhortaba seguidamente a los señores a la paz, los señores declan suspirando: “Es preciso que nosotros escuchemos bien a aquél que Dios ama y ensalza tan visiblemente y para quien hace tan grandes milagros ante nuestros ojos.” “—No es por mí por quien los hace, dijo San Bernardo, sino por vosotros.” El mismo día cuando entraban en Metz para obligar al Obispo y al pueblo a consentir la paz, vió una mujer paralítica de suerte que habiendo sido llevada en una camilla la curó y se volvió a pie. En fin, la paz fué concluida y los dos partidos se reconciliaron.

EN seguida se dirigió Lotario contra los de Suabia, que hasta entonces había combatido con poco éxito el güelfo Enrique el Soberbio de Baviera. La guerra tomó de súbito un carácter más serio. Ulma fué tomada por asalto por Enrique, luego el ejército de Lotario y Enrique, reunidos, cruzaron victoriosamente la Suabia, un castillo cayó tras otro y el poder de los Suabia fué quebrantado. Con los pies descalzos y un saco de penitencia, en octubre de 1134, Federico hubo de pedir en Fulda a la Emperatriz Richenza, su intercesión, y se le prometió la gracia del Emperador, si se le pedía solemnemente en una Asamblea de los Príncipes. Pero cuando Federico debía doblegar en Bamberga la rodilla ante el Emperador (marzo de 1135), se volvió a despertar en él todo el orgullo de su Casa, y quiso retirarse. Sólo la elocuencia de San Bernardo, que dominaba todos los corazones, estorbó un nuevo rompimiento y reconcilió a Federico con el Emperador. Arrebatado por sus súplicas, el soberbio Duque se arrojó el 18 de marzo y renunció a todas las enemistades. Por efecto de sus ardientes palabras, se derritió el hielo del odio en el corazón del Emperador —levantó a Federico y le abrazó como a un amigo y le volvió a dar la investidura del Ducado de Suabia. También Conrado se sometió en una Dieta de Mülhausen, el 29 de septiembre de 1135. Depuso las insignias de la dignidad real, pero fué en cambio nombrado abanderado del Imperio (*vexillifer imperatoris*) y el primero de los Duques que se podría sentar ante el Emperador delante de todos los Príncipes del Imperio. Así se terminó la lucha de diez años, y se cerró la herida que dividía el Imperio. En las Dietas de Bamberga y Magdeburgo (marzo y junio de 1135) se juró una paz territorial por diez años, Bohemia, Polonia, Dinamarca y Hungría, prestaron su homenaje en Magdeburgo, y Helmold, dice: “En tiempo de Lotario comenzó a levantarse una nueva luz, no tanto dentro del territorio sajón, cuanto en todo el Imperio; pues reinaba la paz y tranquilidad, la abundancia y una buena inteligencia entre el Gobierno y el Papa; aun los pueblos eslavos se mostraban pacíficos”. En la Dieta de Merseburgo, enviados de Constantinopla y Venecia rogaron al Emperador los auxiliares contra el rey normando, Roger II de Sicilia.

También el Papa y su elocuente mensajero, San Bernardo, exhortaban al Emperador a una nueva expedición a Italia, pues era obligación del Emperador arrebatarse el Sur de Italia a un usurpador y reunirla con el Imperio. Inmediatamente después de la partida de Lotario, ya en agosto de 1133, Inocencio II había tenido que abandonar otra vez a Roma por causa de su adversario (1); halló refugio en Pisa, donde en un Concilio, hasta Milán abandonó solemnemente la causa de Anacleto, pues San Bernardo con su elocuencia había transformado enteramente a Milán y había obrado milagros, de suerte que hacía lo que quería de la ciudad. Esta se cubrió de saco y ceniza e hizo penitencia y prometió, mientras San Bernardo distribuía la Comunión, fidelidad al Emperador y al verdadero Papa. Anacleto no tenía en su favor más que a Roma, la Campania y el Sur de Italia; en ésta peleaba Roger II de Sicilia, con varia fortuna por el reconocimiento de la autoridad que Anacleto le había prometido.

En septiembre de 1136 llegó el Emperador con un brillante ejército. Las ciudades del norte de Italia le prestaron homenaje espontáneo o forzado. En la llanura de Roncaglia se celebró en noviembre una grandiosa Dieta.

En 1137, el ejército alemán se dividió, según un importante plan: Enrique el Soberbio, se dirigió a Toscana por

el Apenino; Lotario y Conrado de Suabia, siguieron a lo largo del mar Adriático, hasta el corazón de Apulia. Roma fué conquistada por la elocuencia de San Bernardo. Los pisanos y genoveses apoyaron a los ejércitos de tierra con sus escuadras. Un castillo tras otro se hubieron de entregar al ejército del Emperador, una ciudad tras otra hubo de abrir sus puertas.

El 30 de mayo de 1137 se encontraron en Bari, Lotario, Enrique el Soberbio e Inocencio II; el fuerte castillo fué sojuzgado tras valerosa resistencia, todo el país hasta Tarento trató ahora de prestar homenaje al Emperador. Enviados de Constantinopla trajeron felicitaciones y regalos, pues allí se miraba a Roger como el más peligroso enemigo. Roberto, fué de nuevo colocado en Capua y Rainulfo levantado a Duque de Apulia. El Papa y el Emperador le dieron, a fines de agosto de 1137, la investidura, sosteniendo ambos la lanza con la bandera: el Emperador por el cuento y el Papa por la punta.

Pero el calor, las enfermedades y los murmullos de los vasallos alemanes, obligaron al Emperador a dar la vuelta. En Montecasino se detuvo más tiempo, y Petrus Diaconus refiere en esta ocasión el siguiente notable rasgo: “El Emperador, desde la mañana hasta la tarde, sin recrearse con comida ni bebida alguna, no salió de allí, y debajo del vestido imperial mostraba el cinto de otra Caballería. En cada marcha, mientras estuve con él, oía al romper el día misa de difuntos, luego la que se ofrecía por el ejército, finalmente, la misa del día; luego con la graciosa Emperatriz, lavó los pies de las viudas y huérfanos, los secó con los cabellos de su cabeza, los besó, y les dió abundancia de comida y bebida. Luego remedió las quejas y vejaciones de la Iglesia, finalmente, se ocupaba de los negocios del Imperio”.

Probablemente, ya en Montecasino, de donde salió el 21 de septiembre, el Emperador hizo a su yerno, Enrique el Soberbio, Marqués de Toscana. Al mismo tiempo fueron entregados al nuevo Marqués, por el Papa Inocencio II, por toda su vida, los bienes alodiales de Matilde, de suerte que Enrique el Soberbio, que poseía ya una parte de la herencia de la Casa de éste, fué uno de los más poderosos Príncipes de Italia. Desde Montecasino se emprendió el viaje hacia la patria, pasando por Roma, donde Anacleto II conservaba el cuartel del Vaticano con el Castillo de Santángelo, mientras Inocencio II había establecido su sede en la orilla izquierda del Tíber, bajo la protección de los Frangipano.

Pero los días de Lotario estaban contados, enfermo y con el germen mortal en el corazón salió de Italia. En una pequeña cabaña de labradores, en Breitenwang, junto a Reutte, le alcanzó la muerte, el 4 de diciembre de 1137, después que poco antes había investido a su yerno Enrique con el Ducado de Sajonia. Su brillante reinado muestra cuán recta había sido su política de paz con la Iglesia, aquella política que Inocencio II describía en una carta dirigida a él con las siguientes palabras: “Cuando la sagrada dignidad de los Papas y el poder imperial están penetrados de verdadero amor mutuo, hay que dar gracias por ello humildemente a Dios omnipotente, porque sólo entonces pueden florecer en los pueblos cristianos la paz y la tranquilidad. Nada es tan glorioso en este tiempo como la Sede Pontificia, y nada tan alto como el trono del Emperador; nada resplandece más brillantemente que la fidelidad verdadera de los Príncipes ni hay cosa que dure más inquebrantablemente que el verdadero temor de Dios”.

(Histoire de l'Eglise. *Rohrbacher*; Historia Universal. *Weiss*).

(1) El antipapa Anacleto.

II

La liquidación de una herencia histórica

«...si todavía alguno no estuviese despierto, la realidad trágica lo sacudiría con las palabras del Profeta: ¡Sordos, oídos, y ciegos, ved!»

Pío XII

La Sociedad de Naciones garantía de la paz

Terminada la guerra de 1914, los políticos de las naciones vencedoras crearon con promesas deslumbrantes, un ambiente optimista en los pueblos en orden a una era incommovible de paz. Wilson, con su famoso programa, señaló el camino de la futura estructuración del Mundo; la Sociedad de Naciones fué la fórmula definitiva en que se concretaron las diversas iniciativas propuestas, fruto, algunas de ellas, de programas preconcebidos.

He ahí los motivos básicos de la fundación de la nueva Sociedad:

“Las altas partes contratantes,

Considerando que para fomentar la cooperación entre las naciones y para garantizarles la paz y la seguridad, importa:

aceptar ciertas obligaciones de no recurrir a la guerra; mantener a la luz del día relaciones internacionales, basadas en la justicia y el honor;

observar rigurosamente las prescripciones del Derecho Internacional, reconocidas en adelante como norma de la conducta efectiva de los Gobiernos;

hacer que reine la justicia y respetar escrupulosamente todas las obligaciones de los tratados en las mutuas relaciones de los pueblos organizados;

Adoptan el presente pacto, que instituye la Sociedad de las Naciones”.

(Preámbulo del Pacto de la Sociedad de Naciones).

De nada sirvió la apretada literatura ginebrina. Anunciado su fracaso por el propio Pontífice, en los primeros tiempos de su existencia, la Sociedad de Naciones fué decayendo rápidamente. La última guerra constituyó su verdadero epitafio.

Entre el fragor de las batallas alumbradas por la nueva lucha fratricida, los dirigentes responsables de algunos Estados comenzaron a rehacer la primitiva labor. La libertad, en su más amplia acepción, constituía la nueva panacea mundial. Veamos un claro ejemplo:

La paz y los «derechos nativos» del hombre

“Después de la destrucción final de la tiranía nazi, confían en ver establecida una paz que permita a todas las naciones los medios de vivir seguras, dentro de sus propias fronteras, y que ofrezca la certeza de que todos los hombres de todos los países puedan desarrollar su vida libres del miedo y de la miseria”.

(Apartado sexto de la Carta del Atlántico, agosto de 1941. Para comprender en todo su valor este apartado, no hay que olvidar que, según manifestaciones de Roosevelt, en él queda implícitamente reafirmado el principio de las cuatro libertades, una de las cuales es: “libertad a todo hombre para adorar a Dios a su manera.”)

¿Será posible conservar la paz bajo la égida de tales libertades? Si ello no es posible, vendrá en su ayuda la fuerza:

La fuerza puede mantener la paz

Política exterior de los Estados Unidos: “Tercero. Establecer lo antes posible una organización de las Naciones Uni-

das, capaz de preparar y mantener la paz, por la fuerza si fuera necesario, para las generaciones futuras”.

(Discurso del Secretario de Estado norteamericano, Stettinius. 22 de diciembre de 1944).

Una de las garantías de la paz mundial dentro del nuevo orden, la constituye el comunismo, el cual está también dispuesto a coadyuvar, mediante el Ejército rojo, al mantenimiento de la “nueva” paz:

El Ejército Rojo, paladín de la paz

“Nos hallamos reunidos para colocar los cimientos de una nueva Sociedad de Naciones. La vieja defraudó las esperanzas de muchos que habían creído en su eficacia. Nadie quiere restaurarla. Su prestigio fué minado cuando se intentó utilizarla como juguete de las fuerzas reaccionarias. El Gobierno soviético fué el paladín sincero de un fuerte organismo de seguridad internacional. No vamos ni queremos pasar por alto las dificultades que hemos de vencer para el establecimiento de un nuevo organismo internacional. Por lo que respecta a Rusia, os aseguro que mi pueblo está dedicado por entero a esa causa. Nuestro pueblo, respaldado por el Ejército Rojo, a las órdenes del mariscal Stalin, apoyan la gran causa mundial de la paz”.

(Discurso de Molótov en la sesión plenaria de la Conferencia de San Francisco. 27 abril 1945).

Aun cuando se conozcan los fracasos a que han conducido las inútiles tentativas destinadas a implantar una paz carente de sólidos fundamentos, ¿insistirán los políticos responsables en seguir el mismo camino?

Fracasos aleccionadores

“A través de la Historia, la Humanidad ha intentado varias veces solventar las disputas entre naciones por acuerdo mutuo y no por la fuerza, mediante la creación de una maquinaria internacional. Nadie duda ahora de que, a pesar de los fracasos anteriores, hemos de volver a intentarlo y esta vez con éxito. Si no lo hacemos, este mundo desembocará en otro conflicto mundial que destruiría la civilización”.

(Discurso de Eden en la sesión plenaria de la Conferencia de San Francisco. 27 abril de 1945).

La esperanza suprema de la paz reside, al parecer, en la eficacia destructiva de las nuevas armas. En el miedo, precisamente:

La paz bajo la protección de la «bomba atómica»

“A pesar de que Estados Unidos no desean territorios ni provecho alguno, así como tampoco lograr ventajas egoístas de esta guerra, vamos a mantener las bases militares necesarias para la completa protección de nuestros intereses y de la paz mundial.

“Adquiriremos las bases que nuestros técnicos militares consideren esenciales para nuestra protección y que ahora están en nuestro poder. Serán adquiridas por convenios compatibles con la Carta de las Naciones Unidas. Nadie puede prever lo que otra guerra podría causar a nuestras ciudades y a nuestro pueblo. Lo que debemos hacer ahora con el Japón, aun contando con la nueva bomba atómica,

es sólo una fracción de lo que ocurriría en el mundo en una tercera guerra mundial. *Esa es la razón* por la cual las Naciones Unidas están decididas a que no haya una guerra. *Por esa razón, las Naciones Unidas* están decididas a permanecer juntas y fuertes”.

(Discurso radiado de Truman. 10 agosto 1945).

¿La paz justa, la paz verdadera, puede basarse tan sólo en los simples recursos humanos? Así parece desprenderse:

Los recursos humanos

“Sabemos ahora que la proporción básica del valor y de la divinidad del hombre no es una aspiración sentimental ni una vana esperanza, ni una pieza de retorta; es la fuerza más poderosa y creadora que existe en el mundo. *Usemos, pues, de esa fuerza y de todos nuestros recursos y capacidad en la gran causa de una paz justa y duradera.*”

“Las tres grandes Potencias aliadas *están ahora más unidas que nunca* en la firme determinación de lograr esa clase de paz. De Teherán, Crimea, San Francisco y Berlín, continuaremos marchando juntos hacia nuestro objetivo”.

(Del propio discurso de Truman).

Si la “bomba atómica” dió la paz al Mundo, ¿será muy extraño que pueda conservarla?

La «bomba atómica» nos ha dado la paz

“Esta bomba (la atómica) *ha traído la paz*, pero el único que puede mantenerla es el hombre. Estoy de acuerdo con el Presidente de los Estados Unidos en que el secreto de la bomba no debe ser revelado a ningún otro país del mundo en la actualidad, si ello es posible. *No quiere decir esto que queramos disponer de un poder arbitrario*, sino que deseamos la seguridad común del mundo”.

(Discurso de Churchill en la Cámara de los Comunes. 18 de agosto de 1945).

La unanimidad de los más fuertes, o sea la unanimidad en el empleo de la fuerza, es, quizá, el supremo recurso para impedir el estallido de una nueva guerra. ¿Qué posibilidades puede tener tan extraño recurso?

Los poderosos árbitros de la paz del mundo

“La paz del mundo *depende de la unanimidad de las Grandes Potencias* en las grandes cuestiones. Siempre habrá diferencias entre ellas en muchos aspectos, pero debe haber unidad en la decisión, porque es necesario evitar las diferencias que podrían conducirnos a la guerra”.

(Discurso del Ministro británico de Asuntos Exteriores, Bevin, en la Cámara de los Comunes. 23 de agosto de 1945).

Los hombres que han sabido crear las nuevas armas, ¿cómo no pueden ser capaces de crear la nueva paz? Es curioso constatar la obsesión que constituye en el momento presente, la existencia de potentes instrumentos de destrucción.

La obsesión de la «bomba atómica»

“Sabemos que bajo este poderío podemos hacer frente a los problemas de paz que se nos planteen. Un pueblo libre, con aliados libres, *que puede crear la bomba atómica*, puede emplear esa misma habilidad y esa energía y esa misma determinación en salvar todas las dificultades que le puedan esperar”.

(Discurso de Truman en el “Día de la Victoria” sobre el Japón. 2 de septiembre de 1945).

¿Serán los poderosos los verdaderos árbitros de la paz que trata de implantarse? ¿Cuán lejos estamos hoy de aquella desafortada propaganda en pro del desarme mundial!

El poderío norteamericano puede ayudar a conseguir la paz

“*Si aprendimos a colaborar en la guerra, podremos con toda seguridad, colaborar también en la Paz.* Es evidente que habrán numerosos problemas que resolver entre nosotros. Surgirán los inevitables choques de intereses y también algunos puntos de rozamiento. Pero esto nada tiene de nuevo ni de aterrador, sea dentro de una nación, sea entre distintos países. Todos estos asuntos pueden ser arreglados en nuestro mutuo beneficio. Los americanos que duden de esto, me parecerán siempre carentes de confianza en la capacidad del pueblo americano para utilizar sensatamente el poder de nuestro país en las relaciones internacionales”.

(Edward R. Stettinius. *El arma de la Victoria*).

La paz debe basarse en la fuerza

“*La paz la podemos asegurar sólo mientras seamos fuertes* y debemos enfrentarnos con el hecho de que *la paz misma debe basarse en la fuerza* así como en la buena voluntad y en las buenas acciones de todos”.

(Mensaje de Truman al Congreso. 23 de octubre de 1945).

Las dificultades de la nueva organización se desprenden claramente en el siguiente fragmento:

La maquinaria de la paz. Grandes y pequeñas potencias

“Muchos consideraron la Conferencia de Londres como un fracaso total. A mi modo de ver, las discusiones de Londres contribuyeron grandemente a que *llegáramos en Moscú a un acuerdo sobre la maquinaria de la paz.* El acuerdo de Moscú satisface nuestra reiterada demanda de que todos los Estados que tomaron parte activa en la guerra deberán participar en la paz. Por otra parte, el acuerdo se refirió a la responsabilidad que corresponde a las Potencias agresoras de la paz.

“Nuestro convenio es que las condiciones de la paz, en el primer caso serán redactadas por las Potencias principales que firmaron los armisticios respectivos, pero se decidió que tan pronto como se redactasen esas condiciones, deberían ser sometidas a la Conferencia de la Paz convocada por los cinco Estados—Estados Unidos, Unión Soviética, Gran Bretaña, Francia y China—que constituyen el Consejo de Relaciones Exteriores y son los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas; todos los Estados que libraron en forma activa la guerra con fuerzas militares substanciales serán invitados a compartir en esta conferencia.”

(Discurso radiado del Secretario de Estado, Byrnes. 1.º de enero de 1946).

Para terminar esta brevisima compilación, puede resultar del mayor interés traer a colación dos fragmentos de un libro escrito por el filocomunista Victor Margueritte, en los umbrales del año 1936. Quizá nos ayude a comprender mejor el sentido de la paz tal como la entienden en nuestros días:

“La paz, de que todos los pueblos tienen necesidad, *aunque sólo fuera para perfeccionar su preparación revolucionaria*, la paz es el primero de todos los bienes, *vale todos los sacrificios de amor propio* y que se la quiera *por ella misma* con un fervor absoluto.

“...Sin duda, un dogma naciente provendrá, *del lado del alba*, para ser la Biblia de la Humanidad.

“Algún día se realizará esta *Humanidad libre* en la que con las patrias, las razas *se integrarán*, bastante inteligentes para elegir y para aceptar, en *la fusión de las clases*, la regla de las disciplinas necesarias y bastante fuertes para repudiar, en fin, en la comunión del trabajo, *todas las formas* de la esclavitud.”

(Victor Margueritte. *El aborto de la S. de N.*)

J. O. C. C.

III

Ideal de una futura Cristiandad

«Pax Christi in Regno Christi»

Emplazado entre dos conflagraciones universales, abarcando casi totalmente la corta tregua que medió entre ellas, el Pontificado de Pío XI (1922-1939) se presenta a los ojos del mundo como un supremo ofrecimiento de paz.

“Esperamos la paz y este bien no vino; el tiempo de la curación, y he aquí el terror; el tiempo de restaurarnos, y he aquí a todos turbados. Esperamos la luz, y he aquí las tinieblas...; y la justicia, y no viene; la salud, y se ha alejado de nosotros.”

Con estas palabras de Jeremías e Isaías, presenta Pío XI, en la primera Encíclica de su Pontificado, el cuadro desolador de su época. Pero al mismo tiempo, en la propia Encíclica “Ubi arcano”, que con razón puede llamarse la *Carta Magna de la Paz*, enseña el Pontífice que la paz que el mundo busca en vano, sólo la Iglesia puede procurarla; que no hay más paz verdadera que la paz de Cristo; y que la Iglesia tiene misión y virtualidad para dar esta paz.

“Hay una institución divina que puede custodiar la santidad del derecho de gentes; institución que a todas las naciones se extiende y está sobre las naciones todas, provista de la mayor autoridad y veneranda por la plenitud del magisterio: la Iglesia de Cristo. Ella es la única que se presenta con aptitud para tan grande oficio, ya por el mandato divino, ya por su naturaleza y constitución, ya por la majestad misma que le dan los siglos”.

El mandato divino

Se deriva del encargo de Jesucristo a sus Apóstoles: “Id e instruid a todas las gentes...”

La Iglesia, instituida directamente para la salvación de las almas, tiene, en función de este mismo fin, el encargo o mandato divino de dar la paz al mundo. Esta misión social, secundaria y subordinada a aquel fin transcendente, se deduce de la idea misma de la Iglesia y de la Revelación.

Dios, al vincular a la de nuestros primeros padres la suerte de todo el linaje humano, y al fundar luego la Iglesia para unir a los hombres, miembros de las sociedades naturales, en la sociedad sobrenatural del Cuerpo místico de Cristo, ¿no demuestra ya una Providencia social, que mira a los hombres, no aisladamente, sino formando un cuerpo?

Y si Jesucristo vino al mundo con esta misión, no individual, sino social, de *incorporar a los hombres a su Cuerpo místico*, ¿no es natural que la Iglesia, que es este Cuerpo, tenga idéntica misión: unificar en sí misma a todo el mundo?

Y esta unificación sobrenatural, ¿no implica, precisamente, un mandato de paz?

Por eso se ha comparado la relación de la Iglesia con las sociedades naturales, a la unión del alma con el cuerpo, “igualmente provechosa a entrambos; cuya desunión, por el contrario, es perniciosa, singularmente para el cuerpo, que por ella pierde la vida”. (León XIII, Enc. “Libertas”).

La Iglesia es de naturaleza diferente de las demás sociedades, porque es de orden divino; es como el alma que vivifica un cuerpo, no como un cuerpo que sujeta a otro. Por esto la Iglesia no es un “super-estado”, como el alma no es un “super-miembro”.

Y esta función no es de ningún modo humillante para

las sociedades civiles, como no es humillación alguna, para el cuerpo, tener alma.

Pero, además, la Iglesia es madre: la Santa Madre Iglesia. ¿Será, por tanto, una humillación aceptar su influencia y reconocer sus derechos maternales? ¿Por ventura no vemos que, al apartarse de Ella, los pueblos pierden la paz, la moralidad y la civilización verdadera?

Porque la verdadera civilización no se funda en los progresos materiales, ni siquiera en la cultura, sino en la verdad y las virtudes cívicas.

¿Y quién, sino la Iglesia, “que posee la verdad y la virtud de Cristo”, puede enseñar esta verdad y comunicar aquellas virtudes?

Este es precisamente su mandato divino.

“Por lo cual, siendo propio de sola la Iglesia, por hallarse en posesión de la VERDAD y de la VIRTUD de Cristo, el formar rectamente el ánimo de los hombres, Ella es la única que puede, no sólo arreglar la paz por el momento, sino afirmarla para el porvenir, conjurando los peligros de nuevas guerras, que dijimos nos amenazan”.

Por la naturaleza y constitución de la Iglesia

Dos aspectos pueden considerarse en su estructura interna: el elemento social visible, humano, y el elemento invisible, divino: el cuerpo y el espíritu de la Iglesia.

Porque, ante todo, la Iglesia es una sociedad visible, formada por hombres mortales, que tienen alma, pero que no pueden comunicarse sino por el cuerpo; unificada por la voluntad de sus miembros, pues aunque obligatoria, es libre; constituida por órganos humanos y fundada sobre Pedro y sus sucesores, cuya autoridad es indefectible, por tener la promesa de la infalibilidad.

Y esta sociedad es:

Internacional, por ser una (con unidad de régimen y de fin) y por ser católica (es decir, destinada a salvar a los hombres de todas las naciones); y *Supranacional*, por la superioridad de su fin, que es eterno, y por poseer la verdad: la verdad esencial, íntima, transcendente, sin la cual no hay salvación; aquella a que el hombre aspira, y que le ha de hacer feliz, porque puede llenar su corazón.

Y como la primera base de la civilización —según se ha dicho— es la verdad, puesto que en ella han de apoyarse la moral y el derecho, claramente se deduce que sólo la Iglesia puede procurar la civilización verdadera.

La verdad, primera base de la paz

Una de las heridas que, como enseña Santo Tomás, dejó el pecado original en el alma es la ignorancia; ignorancia que no es sólo la connatural a un entendimiento limitado, sino una especie de tinieblas; ignorancia sin la cual no se explican los errores vergonzosos de la idolatría, ni muchas de las aberraciones monstruosas en que incurrieron los mayores talentos de la antigüedad.

Por eso el mismo Dios “vino en auxilio de la razón humana por medio de la revelación, a fin de que el hombre, aun en la actual condición en que se encuentra, pueda conocer fácilmente, con plena certidumbre y sin mezcla de

error alguno, las mismas verdades naturales que tienen por objeto la religión y las costumbres..." (1). Y para esto vino también Jesucristo, como Él mismo, en una hora decisiva, ante del representante de la más alta autoridad terrena, afirmó solemnemente: "Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad: todo aquel que pertenece a la verdad, oye mi voz". (S. Juan, XVIII, 37).

Y esta verdad Jesucristo la confió sólo a la Iglesia. Lo cual no quiere decir —como expone Manzoni, citado por Pío XI en su Encíclica "Divini illius Magistri"— que "el hombre, fuera de su seno y sin su enseñanza, no pueda conocer verdad alguna moral; antes bien (la Iglesia) ha reprobado tal opinión más de una vez, porque ha aparecido en más de una forma. Dice, por cierto, como ha dicho y dirá siempre, que por la institución recibida de Jesucristo y por el Espíritu Santo que el Padre le envió en su nombre, Ella sola posee originaria e inamisiblemente la verdad moral toda entera (omnem veritatem), en la cual todas las verdades particulares de la moral están comprendidas, tanto las que el hombre puede alcanzar con el simple medio de la razón, como las que forman parte de la revelación, o se pueden deducir de ésta".

La Iglesia es, pues, no sólo depositaria de la verdad revelada, sino también intérprete infalible del derecho natural. Por eso tiene misión y aptitud para pacificar el mundo.

Veamos como lo explica Pío XI en su Encíclica:

"Y si se considera que todo cuanto Cristo enseñó y estableció acerca de la dignidad de la persona humana, de la inocencia de vida, de la obligación de obedecer, de la ordenación divina de la sociedad, del sacramento del matrimonio y de la santidad de la familia cristiana; si se considera, decimos, que éstas y otras doctrinas que trajo del cielo a la tierra las entregó a sola su Iglesia, con promesa solemne de su auxilio y perpetua asistencia, y que le dio el encargo, como maestro infalible que era, que no dejase nunca de anunciarlas a las gentes todas hasta el fin de los tiempos, fácilmente se entiende cuán grande parte puede y debe tener la Iglesia para poner el remedio conducente a la pacificación del mundo".

Pero no basta esto; y notemos, de paso, que sería un grave error pensar que éste es el fin principal de la Iglesia. Toda apologética que alabe a Jesucristo o a la Iglesia sólo por la sabiduría sublime de su doctrina social, los disminuye y rebaja.

La paz, fruto del Espíritu de Caridad

No basta la verdad para pacificar al mundo. Mucho sería que las leyes humanas se ajustasen al derecho natural y a la ley eterna. Mas, para que haya paz, no basta una buena legislación civil e internacional, sino que es preciso, además, que ésta se cumpla. ¿Y, cómo urgir su cumplimiento?

Las leyes humanas poseen un único medio: la sanción o fuerza externa. Pero ésto podría dar, a lo sumo, una paz exterior, material, siempre precaria, pero no "una paz que llegue al espíritu y le tranquilice, e incline y disponga a los hombres a una mutua benevolencia fraternal".

Solo Dios, que "ve los corazones y en los corazones tiene su reino", puede dar la verdadera paz interior. ¿Cómo? Esta es la misión de la caridad, la Ley Nueva, el Espíritu de Cristo, que obra interiormente en las almas.

"La justicia sola, aun observada puntualmente, puede, es verdad, hacer desaparecer la causa de las luchas sociales, pero nunca unir los corazones y enlazar los ánimos. Ahora

bien, todas las instituciones destinadas a consolidar la paz y promover la colaboración social, por bien concebidas que parezcan, reciben su principal firmeza del mutuo vínculo espiritual, que une a los miembros entre sí; cuando falta ese lazo de unión, la experiencia demuestra que las fórmulas más perfectas no tienen éxito alguno. La verdadera unión de todos en aras del bien común sólo se alcanza cuando todas las partes de la sociedad sienten íntimamente que son miembros de una gran familia e hijos del mismo Padre celestial, más aún, un solo Cuerpo en Cristo, siendo todos recíprocamente miembros los unos de los otros..." (2).

Mas para esto es necesaria la VIRTUD DE CRISTO, lo cual nos lleva a hablar del alma de la Iglesia, que es el Espíritu Santo. *Este es su elemento constitutivo esencial*, el que la distingue en absoluto de toda otra sociedad humana, y sin el cual la Iglesia sería una sociedad espiritual y aun religiosa, pero en modo alguno una sociedad sobrenatural, es decir, participante de la esencia divina.

Al subir nuestro Redentor a los Cielos, dejó fundado el cuerpo de la Iglesia, pero faltaba a éste el alma, esto es, el Espíritu Santo, que uniera sobrenaturalmente este cuerpo con su Cabeza divina, que es Cristo.

Y el día de Pentecostés, Jesucristo, que tiene el Espíritu Santo por derecho propio, le dió a la Iglesia, no sólo los dones, sino *la misma Persona* del Divino Espíritu.

Desde este momento, *tiene la Iglesia el Espíritu Santo*, que es el vínculo substancial que une al Padre con el Hijo; y lo tiene como en "propiedad", por haberle sido donado "socialmente" y de una manera "permanente", para darlo a su vez a los hombres todos, sin distinción de naciones, uniéndolos con amor sobrenatural.

Y como la paz no puede venir sino de la caridad, y el Espíritu Santo es la caridad, *la Iglesia y sólo Ella tiene poder y misión de dar la paz*, pues quien da la causa da también el efecto.

Por la majestad misma que le dan los siglos

Majestad dos veces milenaria, majestad no igualada por otra institución alguna, majestad que "ni con las tempestades de la guerra quedó maltrecha, antes, con admiración de todos, salió de ella acrecentada".

La Historia comprueba esta misión de la Iglesia, depositaria y defensora de la civilización y la paz.

En cambio, cuantas tentativas hasta ahora se han hecho, fuera de Ella, para asegurar esta paz, "ninguno o muy poco éxito han tenido, sobre todo en los asuntos debatidos con más ardor".

Y *"es que no hay —añade Pío XI— institución alguna humana que pueda imponer a todas las naciones un código de leyes comunes, acomodado a nuestros tiempos, como fué el que tuvo en la Edad Media aquella verdadera sociedad de naciones que era una familia de pueblos cristianos. En la que, aunque muchas veces era gravemente violado el derecho, con todo, la santidad del mismo permanecía siempre en vigor, como norma segura conforme a la cual eran juzgadas las naciones mismas".*

Esto fué la Cristiandad medieval, cuya realización, a pesar de sus imperfecciones, sólo fué posible por la aceptación de la autoridad espiritual de la Iglesia.

¿Ideal o utopía?

Si los pueblos admitieran de nuevo esta autoridad, ¿sería una utopía pensar en la paz?

No lo demuestra la manera de hablar de los Papas. Veamos, si no, lo que dice el propio Pío XI:

(1) Pío XI, "Casti Connubii".

(2) Pío XI, "Quadragesimo anno".

“Cuando las sociedades y los Estados miren como un deber sagrado el atenerse a las enseñanzas y prescripciones de Jesucristo en sus relaciones interiores y exteriores, entonces sí que llegarán a gozar de una paz interna buena, tendrán entre sí mutua confianza y arreglarán pacíficamente sus diferencias, si es que algunas se originan”.

¿Es esto una utopía?

Dios no puede dar a la Iglesia una misión utópica. Blasfemia sería pensarlo siquiera. ¿Cómo Dios, que es infinito Ideal, va a proponer a los hombres una utopía?

La utopía es algo absurdo, imposible, producto de una imaginación enfermiza.

El ideal, en cambio, es algo realmente posible. Su realización, por parte del hombre, no será absoluta, exhaustiva, sino que, como todo lo humano, tendrá las imperfecciones

propias de nuestra limitación, y aún las de nuestra naturaleza caída; pero podrá alcanzarse, de tal manera que, moralmente hablando, pueda decirse que se ha realizado.

La Cristiandad medieval fué una aproximación de este Ideal de sociedad cristiana; limitada en extensión, pues no abarcaba todos los pueblos, y en intensidad, pues adolecía de muchas imperfecciones.

¿Es aventurado esperar una mayor extensión de este Ideal, hasta comprender todos los pueblos del mundo, y una realización más intensa y perfecta del mismo?

He ahí el Ideal de la Cristiandad, que es más que un hecho histórico: es un Ideal histórico. Más que un recuerdo del pasado, es una esperanza del porvenir.

Pedro Basil



Quando la Iglesia, en los tiempos cercanos a su origen era oprimida por el yugo de los Césares, la Cruz, vista en la altura, fué a un joven emperador signo y causa a un mismo tiempo de la amplísima victoria lograda inmediatamente. Ved otro signo, que se ofrece hoy a nuestros ojos, faustísimo y divinísimo, a saber: el Sacratísimo Corazón de Jesús con la Cruz sobrepuesta, resplandeciendo entre llamas, con espléndido fulgor. En él han de colocarse todas las esperanzas; en él hay que buscar y esperar la salvación de los hombres.

León XIII

No sólo hemos declarado el supremo imperio que Jesucristo tiene sobre todas las cosas, sobre la sociedad civil y la doméstica y sobre cada uno de los hombres, sino que también anticipábamos el júbilo de aquel día faustísimo en que el mundo entero, espontáneamente y de buen grado, se ha de someter a la dominación suavísima de Cristo Rey.

Pío XI

HACIA UNA NUEVA CRISTIANDAD

¿A dónde va la Sociedad Moderna amenazada del más espantoso despotismo en el momento en que creía haber alcanzado el máximo de su libertad?



Conde José de Maistre
1753-1821

Dos hombres, de penetración casi profética, intentan resolver el problema de los destinos de la Iglesia y de la Humanidad:

JOSÉ DE MAISTRE y DONOSO CORTÉS

La visión de Donoso:

«Este nuevo Paganismo está condenado a muerte.»

La visión de De Maistre:

«Todo anuncia que vamos hacia una gran unidad. Somos pulverizados para ser amalgamados.»



Juan Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas
1809-1853

Gracias a Dios no tenemos necesidad, para esperar firmemente en un porvenir mejor, de hacernos ilusiones sobre los males presentes y entregarnos a lo que Donoso Cortés llamaba el *fatalismo de la misericordia*.

Reconocemos, con este ilustre escritor, que la sociedad moderna lleva en su seno los principios mortíferos de su destrucción, que el mal prevalece sobre el bien por el número, por la audacia y por la actividad de sus agentes y que *naturalmente* debe vencer.

Pero añadiremos con él que, si el mal ha triunfado siempre del bien por la acción de las causas naturales, el bien siempre ha llevado la ventaja sobre el mal por la intervención divina, y esperamos que éste será el fin de la crisis que sufre la sociedad cristiana desde hace trescientos años.

Las dos escuelas

Tenemos, pues, igual derecho a invocar en favor de nuestra tesis a los campeones de las dos escuelas que, para resolver el problema de los destinos futuros de la Iglesia y de la Humanidad, sostienen las más opuestas opiniones. A la cabeza de estas escuelas están dos hombres dotados, aunque en grados diversos, de una penetración genial casi profética: José de Maistre y Donoso Cortés. Opuestos en apariencia en sus conclusiones, estos dos ilustres defensores de la Iglesia no lo son en modo alguno en sus principios, y su aparente oposición nace únicamente de sus diferentes puntos de vista.

Porvenir de la Sociedad Moderna

El publicista español, cuando medita sobre el porvenir de la Sociedad moderna, fija especialmente su atención sobre la obra humana, y bajo sus brillantes apariencias descubre su irremediable caducidad.

“Yo he visto —dice— dos edificios gigantescos, dos torre. babilónicas, dos civilizaciones espléndidas levantadas en lo alto por la sabiduría humana; la primera cayó al ruido de las trompetas apostólicas, y la segunda va a caer

al ruido de las trompetas socialistas. Y, en presencia de este espectáculo tremendo, me pregunto a mí mismo, con terror, si la sabiduría humana es otra cosa sino vanidad y aflicción de espíritu. No se me oculta que hay hombres de un optimismo invencible, para quienes es una cosa evidente que la Sociedad no ha de caer porque no ha caído ya, y a cuyos ojos el nublado, lejos de crecer, se va desvaneciendo por los aires. Para ellos, la Revolución de febrero fué el castigo y lo que viene es la misericordia. Los que vivirán verán, y los que vean se asombrarán, al ver que la Revolución de Febrero no fué más que una amenaza y ahora viene el castigo”. (Carta a los redactores de *El País* y del *Heraldo*. Berlín, 16 de julio de 1849).

Nosotros no tenemos más que motivos para creer en la realidad de estos tristes pronósticos. La crisis de febrero de 1848, está lejos de haber manifestado todos los gérmenes de muerte que nuestras sociedades sin Dios ocultan bajo su aparente esplendor, y la reacción que ha seguido a esta crisis está más lejos aún de haber sofocado estos gérmenes. La enfermedad social, después de este tiempo, se ha agravado considerablemente en las almas, y parece imposible que, tarde o temprano, no se manifieste en hechos.

Los ciegos optimistas

Donoso Cortés tiene entera razón en combatir a los ciegos optimistas, que fundan su esperanza en el esplendor engañoso con que el egoísmo y el exceso de lujo adorna la superficie de la sociedad, al tiempo que devora sus entrañas. Si, está condenado a muerte este paganismo renaciente, y su muerte será más vergonzosa y más horrible que la del antiguo paganismo, porque es mil veces más culpable en su rebelión contra la verdad, y más inexcusable en su repugnante sensualismo.

Sobre este punto, no dudamos que De Maistre tenga otra convicción que la de Donoso Cortés. Jamás ha creído que la Revolución terminara en 1814, y jamás ha dudado de que estuviera destinada a derribar a fondo el edificio que los hombres habían tratado de construir al margen de Dios.

La santa Iglesia Romana, manantial de vida divina

Y, sin embargo, De Maistre no ha cesado un momento de esperar, como resultado de la terrible crisis que sufre la Sociedad moderna, un triunfo magnífico para la Iglesia de Jesucristo. Es que, en el seno de este caos producido por los errores de las pasiones del hombre, veía la acción del Espíritu Creador. No se le ocultaba que nuestra sociedad occidental había merecido mucho más que la oriental ser rechazada por Dios y abandonada a la ceguera de un cisma o a la tiranía de cualquier nuevo Mahoma. Pero, en medio de esta Europa tan culpable, veía él lo que el Oriente no había poseído jamás, el manantial inagotable de la vida divina: la santa Iglesia Romana, siempre fecunda mientras que todo a su alrededor se torna estéril, siempre joven mientras todas las instituciones políticas del pasado envejecen y caen, siempre vigorosa mientras que las instituciones políticas actuales parecen atacadas de esterilidad desde su nacimiento. Veía al divino Esposo de la Iglesia renovar, para la gloria de su Esposa bien amada, las maravillas de los primeros días, enviándole santos pontífices, doctores inspirados, apóstoles, mártires y taumaturgos; veía a los institutos religiosos florecer en medio de las ruinas de las antiguas órdenes monásticas y a la vida renacer más abundante y fuerte sobre este suelo que la barbarie revolucionaria había convertido en un desierto.

Sus ojos de vidente abrazaban un horizonte más vasto aún. Seguía en el curso de los siglos, el trabajo de la Providencia, ocupada constantemente en preparar el reino de Jesucristo, y en constituir la grande unidad que debe hacer de la tierra un solo redil, sujeto al cuidado de un solo pastor. De este trabajo de acercamiento, que las conquistas del imperio romano habían esbozado y que las expediciones de los navegantes no cesan de completar desde hace tres siglos, presentía él su total desarrollo, gracias a los descubrimientos de la ciencia moderna, y no dudaba de que tanto los sabios modernos como los navegantes del renacimiento y los conquistadores romanos fuesen instrumentos de la Providencia y sirvieran para preparar el éxito de la grande obra a la cual Dios subordina todos los acontecimientos humanos: el triunfo de la Iglesia.

Marcha hacia la unidad

De Maistre no conocía ni las maravillas del vapor ni las de la electricidad, pero había captado, por una especie de adivinación, la fusión material de los pueblos por estos dos poderosos medios que facilitan al mismo tiempo, considerablemente, la fusión moral. Desde su tiempo, veía ya esta fusión operarse por las revoluciones políticas y por el conocimiento, tan difundido, de las diversas lenguas: «Añadid —decía a su interlocutor de San Petersburgo—, añadid que los más largos viajes han dejado de asustar a la imaginación, que todos los grandes navegantes son europeos, que el Oriente entero cede de un modo manifiesto

al ascendiente de Europa... y podréis formaros una idea de lo que se prepara. El hombre, en su ignorancia, se equivoca a menudo respecto del fin y de los medios de sus fuerzas y de la resistencia, respecto de los instrumentos y de los obstáculos. Tan pronto quiere derribar una encina con un cuchillo, como lanza una bomba para quebrar una caña; mas la Providencia no vacila jamás, y no en vano agita el mundo. Todo anuncia que vamos hacia una grande unidad, a la que debemos *saludar de lejos*, para servirme de una expresión religiosa. Nos hallamos dolorosa y muy justamente pulverizados, mas si ojos miserables como los míos son dignos de entrever los secretos divinos, no somos pulverizados sino para ser amalgamados». (*Véledas de San Petersburgo*. Fin de la segunda conferencia).

Gérmenes de vida. La nueva creación

Esta manera de ver tan alentadora, ¿es realmente opuesta a la de Donoso Cortés? No, difiere solamente en su expresión, pero acaso sea más completa. Todas las señales del fin del mundo antiguo que hieren los ojos de Donoso Cortés, De Maistre las ve como él; pero éste ve además signos de la creación de un mundo nuevo. Para emplear una de estas expresiones, ve, como el publicista español, a la Providencia ocupada en *borrar* la página que la razón humana, en rebelión contra la fe, está escribiendo desde hace tres siglos; pero la ve, al mismo tiempo, disponiéndose a escribir sus propias obras en esta página borrada. En estos gérmenes de vida que la mano de Dios lanza con tanta prodigalidad en el seno del caos, el gran filósofo reconoce las prendas de la magnífica cosecha que se prepara a recoger, y al vislumbrar el Espíritu Creador, como en los primeros tiempos, flotando sobre estas aguas revueltas, repite con la Iglesia las consoladoras palabras del Salmista: «Enviareis vuestro Espíritu y se hará una nueva creación y renovaréis la faz en la tierra».

Conclusión

«Con la escuela de la desesperación, desesperamos de los hombres, pero esperamos más que ella de la misericordia de Dios».

Participamos de estas esperanzas y las creemos tan sólidamente fundadas como puedan serlo previsiones semejantes, no en la necesidad de las cosas, sino en el estudio de los caminos de la Providencia en el pasado, y de su acción en la actualidad.

Nos inclinamos, pues, con una convicción profunda, hacia la esperanza, sin que se nos oculte ninguno de los motivos, desgraciadamente demasiado reales, sobre los cuales se apoya la escuela de la desesperación. *Con ella, desesperamos de los hombres, pero esperamos más que de ella de la misericordia de Dios, incluso en la existencia terrenal de la Iglesia.*

(Fragmento de la obra *La Soberanía Social de Jesucristo*, 1870).



Rdo. P. Enrique Ramière, S. J.
1821-1884

La conclusión del P. Ramière:

«Con la escuela de la desesperación, desesperamos de los hombres, pero esperamos más que ella de la misericordia de Dios.»

Simbología de la Santísima Trinidad

El misterio de la Santísima Trinidad, base fundamental de nuestra fe, ha sido en todo tiempo motivo de especial atención por parte del creyente, que atraído por lo singular y trascendental del tema, ha procurado siempre ver de encontrar alguna ficción o figuración gráfica con que poderlo representar de algún modo, como no opuesto a la humana razón a pesar de estar por encima de ella, como que es el más elevado de todos los misterios.

Obedeciendo a este empeño, el hombre ha llegado a aguzar el ingenio a través de los tiempos inventando diversos símbolos que si unas veces han sido adecuados dentro de lo que ello es posible, otras, por el contrario, han merecido en todo momento la censura desfavorable de la autoridad eclesiástica.

Como quiera que sea, hay que reconocer que el tema que nos ocupa ofrece un interés capital, habiendo dado lugar a estudios de carácter monográfico, especialmente en estos últimos tiempos.

En el presente esbozo vamos a insinuar solamente el tema, dando a conocer al lector, algunas de las representaciones más características y también más originales—varias de ellas inéditas—escogidas entre una copiosa multitud de variantes que poseemos.

El que fué ilustre arqueólogo R. P. Francisco de P. Naval, C. M. F., gran erudito en ciencias eclesiásticas, dice atinadamente en una de sus obras que “refiriéndose al misterio de la Santísima Trinidad, propiamente hablando no se dan imágenes sino símbolos; pero se dicen imágenes por analogía con las otras” (1). Por ello creemos más adecuado al tratar de este tema aplicarle la palabra *simbología* que *iconografía*, aún cuando por extensión se use de este último término indistintamente.

El Santo Concilio de Trento en un decreto que extendió sobre las imágenes de los Santos, dice que “cuando se trate de representar al pueblo imágenes de la Divinidad, esto es, de la Santísima Trinidad o de algunas Personas de la Santísima Trinidad, se le ha de enseñar que no se pretende representar con ellas la Divinidad, porque Dios siendo espíritu purísimo, no puede ser representado con figuras, sino aquellas apariencias que ha tomado cuando ha querido hacer sensible su presencia... No sucede así con respecto a Jesucristo que siendo verdadero Dios y verdadero hombre, aunque no puede ser representado en cuanto a Dios, puede serlo en cuanto a hombre, y lo es en efecto en los principales pasajes de su vida mortal...” (2).

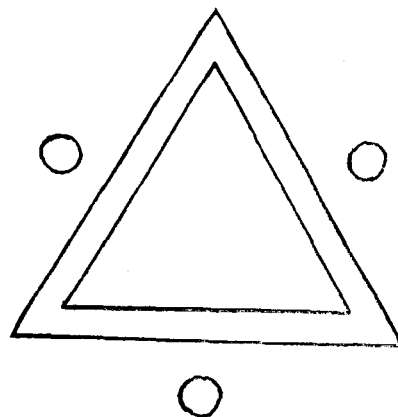
Así, pues, a fin de presentar algunos ejemplos típicos de tales símbolos, veamos de agruparlos según sus características principales, teniendo en cuenta que cada uno de éstos, admite un sinnúmero de variantes en lo accesorio; único modo para presentar el tema con la brevedad que requiere la índole de este esbozo.

Hablando en términos generales, conviene observar que en la mayoría de los casos, destaca el prurito de poner de relieve las dos características principales del Misterio; la unidad de esencia, sustancia o naturaleza y la Trinidad de Personas, así como los atributos de cada una de ellas: el poder del Padre, la sabiduría del Hijo y el amor del Espíritu Santo por medio de objetos simbólicos que combinan de diferente manera como puede verse en los gráficos.

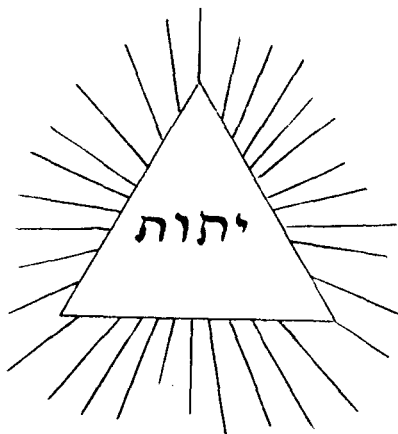
Entre estas curiosas representaciones, destaca como una de las más antiguas, el triángulo que apareciendo ya en los primeros siglos del cristianismo, se extiende a través de los tiempos afectando diversas modalidades.

En efecto, el triángulo y especialmente el equilátero, el polígono geométrico más simple entre los cinco regulares, forma que se ofrece a nuestra vista como algo equilibrado tanto por la igualdad de sus ángulos y lados como por la perfecta correlación entre el todo y las partes, ha sido siempre la figura preferida para recordarnos el Misterio. Nos dice la arqueología que este símbolo se encuentra en los primeros siglos unas veces solo y otras acompañado del monograma de Cristo y del *alfa* y la *omega* o de la cruz o *crismón*, suponiéndose que ya entonces se emplearía para representar la Trinidad. Tal ocurre en ciertos epitafios de Cartago.

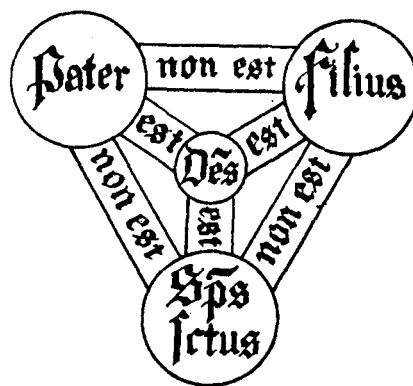
La forma triangular, da lugar, a través de los tiempos, a un sinnúmero de variantes o de figuras relacionadas de algún modo con ella, cuando vemos a menudo tres figuras equidistantes relacionadas con un centro co-



Representación simbólica de la Santísima Trinidad, según una antigua inscripción descubierta en África por el arqueólogo De Rossi



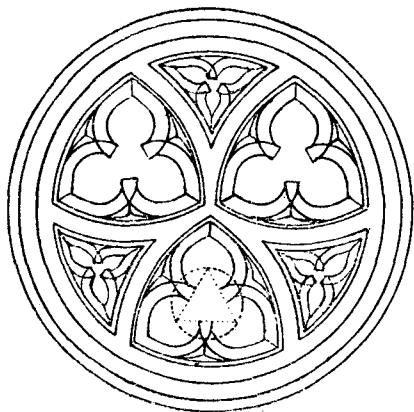
Triángulo representativo de la Santísima Trinidad. En el centro el nombre de Dios (en hebreo Jehová). Llámase tetragrammaton o de cuatro letras. Significa el Ser o el que es por esencia. De Jehová pasó a ser Jovis de los latinos



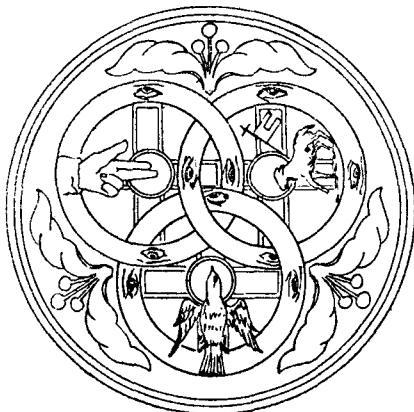
Representación simbólica del Misterio. Triángulo místico

(1) *Arqueología y Bellas Artes*, T. II.

(2) Sess. 25 de Sacris imag.



Representación simbólica del Misterio. La trifolia como motivo ornamental y místico en el arte ojival



Representación simbólica del Misterio. Tres coronas enlazadas consigo mismas, cada una de ellas con la cruz en su centro y acompañadas de símbolos. Procedente de un manuscrito que perteneció a una Comunidad de Manresa



Representación simbólica de la Santísima Trinidad por Frai Bartolomeo della Porta, 1469.1517

mún; otras veces el triángulo se hace luminoso o radiante recordándonos a Dios como verdad Suprema o luz eterna, siendo cosa frecuente aplicarlo también como aureola al Padre eterno. Otras veces aparece con el nombre de Jehová escrito en hebreo en su centro TETRAGRAMMATON, o también con un ojo, símbolo de la Divina Providencia.

El erudito escritor Oscar Doehring, en su obra *Los Símbolos Cristianos*, cita varios ejemplos de representaciones similares emparentadas con el triángulo, entre otras las tres circunferencias enlazadas mutuamente, la hoja de trébol, utilizada en la Edad Media como motivo ornamental y místico a la vez en el arte ojival (trifolias), la cruz en forma de Y o bífida, cuyos brazos y tronco son iguales, los tres peces enlazados formando un triángulo equilátero. etc. Pero la figura que no debemos omitir aquí es el llamado por algunos, *triángulo místico*, forma que aparece hacia la Edad Media, y cuya descripción omitimos atendido que la simple inspección de la figura es suficiente para su comprensión; triángulo parlante que algunas veces se combina con otras figuras y símbolos del Misterio.

Otra forma simbólica que cabe enumerar entre las más primitivas consiste en representar a la Trinidad como tres personajes semejantes o a veces absolutamente iguales vestidos con trajes de dignidad. Tal ocurre en un sepulcro cristiano romano (siglo IV o V), que se conserva en el Museo de Letrán en donde aparece el Señor creando a Eva.

Como variantes de este tipo se representan a veces los tres personajes en edades diferentes (juventud, edad adulta y vejez). Estas figuras, no obstante, fueron condenadas por la Iglesia como impropias para el culto, y así el Papa Benedicto XIV en la bula *Sollicitudinis* (10, 6 y 21) dice que "La Iglesia tiene prohibido representar al Espíritu Santo de otra forma que bajo la de una paloma o de lenguas de fuego como se le suele representar en el misterio de Pentecostés..."

Relacionada con la representación del Misterio por medio de tres personas humanas, conviene recordar la escena de la aparición de los tres caminantes al patriarca Abraham, supuestos como emisarios de Dios trino y uno. Esta representación es muy frecuente en todas las épocas, encontrándose ya en el siglo V en Santa María la Mayor de Roma.

Entre las figuras más curiosas de las que se encuentran ya antecedentes en el arte románico, destaca la cabeza trifacial o formada por tres caras, o también el cuerpo del que nacen tres cabezas. Estas representaciones suelen combinarse con otras de los símbolos descritos (triángulos, nimbo triangular, etc.). Pero también estas figuras fueron prohibidas para el culto por el Papa Urbano VIII, en el año 1628.

El arte bizantino y románico introduce un nuevo tipo de representación: el Padre eterno sentado de frente como un venerable anciano, teniendo sobre sus rodillas, también sentado, al Niño Jesús, a semejanza de como suele verse en muchas imágenes de la Virgen de esta época, y el Espíritu Santo como una paloma junto al Padre y al Hijo.

En el siglo XII, según Doehring, aparece en Francia otra representación: el Padre sentado de frente sosteniendo al Hijo en la Cruz y el Espíritu Santo en figura de paloma, que a veces sale de la boca del Padre. Esta representación es típica durante toda la Edad Media y especialmente en los siglos XIII, XIV y XV. En ella vemos cómo se procura hermanar el misterio de la Trinidad con el de la Redención, acaso inspirándose en el contenido del *Símbolo de San Atanasio*.

Entre las representaciones que prevalecen con mayor insistencia durante el Renacimiento, además de la anteriormente descrita, encontramos otra que podemos considerarla como una de sus variantes o sea, el Padre eterno sosteniendo en su regazo al Hijo muerto, pero desclavado de la Cruz y acompañado de ángeles sosteniendo atributos de la Pasión.

No menos característica es la representación de la Trinidad que pudiéramos llamar *triumfante*: el Padre eterno sentado junto al Hijo que tiene a su diestra en su trono real o sobre nubes y a veces rodeados de Santos y bienaventurados como presidiendo la gloria, y el Espíritu Santo en figura de la paloma simbólica.

En el tipo triunfante, Jesucristo suele mostrar la Cruz en que se glorifica su sagrada Pasión, recordándose a la vez el misterio de la Encarnación.

Fuera de estas representaciones que hemos citado como *básicas*, algunos tratadistas aluden a las del bautismo del Señor o también a la coronación de la Santísima Virgen por la Santísima Trinidad, pero estrictamente hablando, éstas no son figuraciones del misterio más que indirectamente, pues que lo que destaca en ellas como tema principal es el *bautismo* o la *coronación*, por cuyo motivo las hemos omitido como ajenas a nuestro epígrafe.

Finalmente convendrá recordar que en algunas ocasiones se suele usar de otros símbolos, bien que con menos frecuencia, así al Padre eterno se le representa por



Representación simbólica del misterio.—Tres personas sosteniendo el triángulo místico

Altar de San Bernardo. Obra del maestro Pedro Moreto, siglo XVI, en la Catedral de Zaragoza



Representación simbólica del Misterio.
Clave de la Catedral de Barcelona

una mano saliendo entre nubes (el poder), al Hijo por medio del Cordero místico de que nos habla San Juan en el Apocalipsis, y al Espíritu Santo por medio de llamas o lenguas de fuego en vez de la paloma simbólica.

Como caso rarísimo también se ha representado al Hijo por medio de la Sagrada Forma o por el ostensorio recordando el Santísimo Sacramento.

Existen asimismo fuera de los símbolos que hemos apuntado, otros menos característicos que por la poca frecuencia con que aparecen pudiéramos llamar excepcionales; a ellos no podemos referirnos en este lugar, pues sólo ha sido nuestro intento esbozar el tema sintéticamente con ocasión de la festividad de este altísimo Misterio, alma, por decirlo así, de nuestra fe, alimento de nuestra esperanza y colmo de todos nuestros deseos.

Evelio Bulbena Estrany.

BIBLIOGRAFIA

- A Hackel *Die Trinitate in der Kunst*, Berlín 1931.
 Didron *Iconographie Chretienne. Histoire du Dieu. La Trinité*, París 1943.
 M. Alpatovv *La Trinité dans l'art byzantin et l'icone de Roubrév.—Echo de l'Orient* 1927.
 Heimann, Dr. Adelheid *L'iconographie de la Trinité—Une formule byzantine et son développement en occident—L'Art Chretien* París, 1 octubre 1934.
 Male, Emile *L'Art Religieux du XIIe siècle en France*, 2e edit. 1924, 1924, p. 182.
 Miró, Olegario *Iconografía de la Santísima Trinitat en la Comarca de Bages. Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya*. Barcelona, abril de 1906.

La coronación de la Virgen de Fátima

Reportaje especial para CRISTIANDAD

Al intentar comunicarme con los lectores de CRISTIANDAD para darles una sumaria noticia de cuanto vi en Fátima el día de la coronación de la Virgen, siento el temor y el natural encogimiento ante la desproporción de mis facultades descriptivas con la grandiosidad de los hechos vividos. Toda la Prensa internacional los ha comentado con más o menos amplitud y según informe de privilegiados observadores y cronistas. Yo quisiera, en consonancia con las predilecciones de nuestra publicación, comentar de manera familiar y llana lo acaecido, de la forma única que es admisible lo haga un pobre peregrino, que desde el otro confín de España quiso sumarse a esta manifestación piadosa y solemne de amor a la Celestial Señora Reina del Rosario, la cual en nuestro país hermano está obrando el más estupendo de los prodigios... la renovación de las ancestrales raíces cristianas del pueblo portugués.

Toda la humildad de una naturaleza cultivada por manos campesinas, olivares vestidos en su naciente Primavera constituyen el sencillo marco de ese recinto espiritual de Cova de Iria.

La noche del domingo, día 12, con harta dificultad se podrá avanzar por las carreteras materialmente invadidas desde los días anteriores por extraordinario número de vehículos llegados de todas partes.

La procesión de las antorchas estaba terminando; más que procesión, según se desarrolló, fué realmente una total e inopinada aparición en el amplio valle que rodea la Basílica, de cientos de miles de luces, cuyo resplandor trascendía en la atmósfera como un halo de adoración popular, obsequio místico ofrecido a Nuestra Señora por cada peregrino y testimonio de su fervorosa presencia.

He visto en mis tiempos mozos, en Lourdes, las multitudes ordenadas de peregrinos, en parecida circunstancia, tributar respetuosas en homenaje de devoción a la Virgen aparecida a las orillas del Gave... recuerdo aquellas suaves brisas pirenaicas acariciando el rostro y haciendo balbucear las antorchas en la noche estival, mientras los corazones elevaban sus esperanzas y sus oraciones. Pero, a decir verdad,

esta otra noche en Cova de Iria, era algo tan distinto, tan sorprendente...

La Basílica espaciosa, grande, recién edificada su fábrica, aún sin ventanales y desprovista de ornamentación, acogía a los fieles..., grupos de paisanos y también de soldados se preparaban para ser oídos en confesión; luego, altares, muchos altares improvisados adosados a los muros de las naves, y aguardando a su vera, en paciente turno, innumerables grupos de sacerdotes para celebrar el Santo Sacrificio que había de sucederse desde la una de la madrugada sin interrupción hasta el mediodía siguiente. El acceso resultaba difícil, tal era el cúmulo de fieles arrodillados a fuera en todo el paraje y rezando devotamente se hallaba, que impedían materialmente dar un paso. El viento frío, desagradable ahora, acompañado por frecuentes chubascos... todo soportado con estoica inmovilidad por la multitud que seguía imperturbable el rezo en común dirigido por altavoces; cobijada en sus paraguas, éstos asemejaban inmenso manto de azabaches en medio del que surgía la blanca Basílica, cual magno artificio de cristal, iluminada de cerca por potentes reflectores y coronada su enhiesta aguja con el símbolo luminoso de la Cruz. Delante y cubierto por un grande baldaquino el Santísimo se hallaba expuesto, presidiendo desde lo alto de la escalinata este acto grandioso de fe. Popular, emocionantemente popular, ha sido la nota típica de esta magna jornada en Cova de Iria con motivo del 300.º aniversario de la Consagración de Portugal a la Celestial Señora; familias aldeanas, pueblos enteros con sus niños incluso, hicieron acto de presencia en Fátima, acudieron viajando muchos a pie en jornadas sucesivas y no pocos lo hicieron descalzos. Confieso que al ver tan extraordinario número de esos penitentes creí, por error, que se trataba de cierta típica normalidad o pobreza, pero, más tarde, una preciosa carta que una señora portuguesa acaba de dirigir a una amiga suya barcelonesa y que ésta amablemente me ha hecho conocer, descubre claramente dicha nueva faceta de fervor y sacrificio.

¡Curaciones y milagros! Queridos lectores, este capítulo

tan trascendente con el que Nuestra Señora se complace en rubricar allí otras abundantes gracias y favores celestiales, ha dado lugar a escenas de indescriptible emoción... Sin embargo, para ser fiel a mi propósito sólo puedo comentar lo que desde un modesto observatorio se me alcanzaba, y que, no obstante, a mi juicio fué un milagro grande de aquellas horas sublimes de los santos jubilaes... ¡Ni un accidente!! ni el más leve percance de circulación en medio del ir y venir, rebullir incesante de gentes, carros, automóviles, camiones. ¡Milagro grande, obsequio delicado de la Santísima Virgen fué éste a sus devotos visitantes! ¡Una noticia muy triste para mí vino a truncar inopinadamente la placidez de esos inolvidables momentos! ¡Acababan de anunciarme el falle-

cimiento de mi padre! Quiso la Virgen Santísima en medio de este dolor proporcionarme el consuelo de poder estar presente todavía en su triunfal coronación. El reloj marcaba las dos de la tarde, los aviones describían amplios círculos sobre el recinto y dejaban caer lluvias de flores sobre su trono.

Más tarde por las carreteras que conducen a Lisboa vi también esta vez cómo los niños salían a nuestro paso con ramos de flores, de esas preciosas flores de mayo, síntesis de pureza y augurio quizás de una no lejana plenitud sobrenatural de sus almas...

José María Modolell.

Cova de Iria. 13 de mayo.

San Antonio de Padua, «Doctor Evangélico»

Con la carta apostólica "Exulta, Lusitania felix!", S. S. el Papa Pío XII ha declarado a S. Antonio de Padua Doctor de la Iglesia Universal, declaración que ha sorprendido a algunos círculos intelectuales que nada o casi nada sabían de la ciencia y sabiduría del santo paduano. Pero esta declaración no hubiera causado sorpresa a los antiguos, particularmente a los que habían convivido con el Santo y habían escuchado su palabra llena de unción y doctrina. De hecho, el Papa Gregorio IX habíale declarado doctor once meses después de su muerte. Habiendo el mencionado Papa terminado el rito pontifical de la canonización de San Antonio, entonó, con la admiración de todos, la antifona propia de los doctores de la Iglesia: "¡Oh, gran Doctor, luz de la Iglesia Santa, beato Antonio!". En el curso de los siglos otros soberanos pontífices han ensalzado la ciencia de San Antonio, y los artistas han hecho honor a su saber representando al Santo con un libro abierto en la mano o sobre el brazo.

Que S. Antonio estuviera dotado de ciencia eminente y altísima sabiduría nos lo atestiguan sus sermones y sus escritos escripturísticos. Dice el Papa Pío XII en carta apostólica que, recorriendo atentamente los escritos del Santo enseguida se descubre en él al peritísimo exégeta en la interpretación de las Sagradas Escrituras y al eximio teólogo en la definición de las verdades dogmáticas. Sin duda debía ser así cuando el Papa Gregorio IX, después de haber oído un sermón del Santo le llamó "arca del Testamento y arsenal de las sagradas Escrituras". Además, S. Francisco que en todo momento recelaba de los hombres de ciencia que iban ingresando en la Orden, ningún impedimento puso para que Antonio enseñara teología a los frailes, al mismo tiempo que le llamaba su obispo en consideración a su mucha ciencia y santidad. S. Antonio fué por nombramiento del Seráfico Fundador el primer lector de la Orden Franciscana, y su magisterio lejos de matar el espíritu de oración, de destruir la altísima pobreza y dañar la sencillez y simplicidad franciscanas, contribuyó eficazmente a que los religiosos ajustaran más y más su vida a la perfección evangélica.

Aunque el Santo tuviera amplio conocimiento de las ciencias naturales y de los problemas filosóficos que se ventilaban en las escuelas, con todo no quiso hacer hincapié en ellos después de haber entrado en la Orden Franciscana, sino utilizarlos para la adquisición de un conocimiento más profundo de las Sagradas Escrituras, sobre todo del Santo Evangelio. Tanto aprovechó el Santo en sus estudios bíblicos que, según testimonio de sus coetáneos, estaba capaci-

tado para exponer y explicar todo el contenido doctrinal de las sagradas Escrituras. Waddingo, el famoso analista de la Orden Franciscana, dice del Santo que "se sabía de memoria todo el Antiguo y Nuevo Testamento, de modo que, como otro Esdras (IV, Esd. 14, 18-44), si hubieran desaparecido todos los ejemplares de la Biblia, podía el Santo dictarlos nuevamente de memoria" (Annales Min. ad ann. 1227, núm. 15).

La ciencia escripturística de S. Antonio era universal, es decir, abarcaba todo el Antiguo y Nuevo Testamento, pero se comprende que, como verdadero hijo de aquel padre todo evangélico que era S. Francisco de Asís, se consagrara preferentemente al estudio del Santo Evangelio para aprender y enseñar a los frailes a vivir "según el santo Evangelio", "según la forma del santo Evangelio", "según la perfección del santo Evangelio". De ahí que el Santo en sus escritos corrobore y confirme sus aseveraciones con pasos y sentencias del santo Evangelio, mereciendo con ello el título de *Doctor Evangélico*, como le llama el Papa Pío XII.

La producción científica del Santo es relativamente escasa debido a su muerte prematura y a su múltiple y variada actividad apostólica. No compuso, como sus hermanos en religión S. Buenaventura y Alejandro de Hales, ningún tratado sistemático de teología o filosofía, ni se ajustó en sus escritos al método escolástico en uso entre los doctores de la Edad Media, prefiriendo escribir sendos sermonarios para utilidad de sus hermanos en religión y para todos aquellos predicadores que habían acometido la empresa de desarraigar el cisma y la herejía que desgarraban el corazón de la Iglesia. Por lo mismo S. Antonio no figura en ningún tratado de historia de la teología o de filosofía medioevales, figurando en cambio en la historia de la exégesis e interpretación bíblica medioevales.

Escritos de San Antonio

Cuando el Santo demoraba en el Lemosín, en Francia, empezó a componer hacia el año 1226 sus *Concordantiae sive Sermones Dominicales*, en cuya obra expone de manera sagaz y amena todos los evangelios, epístolas, introitos de la Misa y las lecciones del Oficio divino de los domingos del año litúrgico, dando remate a esta empresa el año 1229 en la ciudad de Padua. El Santo llama a esta su obra: *Mystica Quadriga*. A ruegos del Cardenal Rainaldo, Obispo de Ostia y más tarde Papa con el nombre de Alejandro IV, escribió en el invierno de 1230-1231, en Padua, sus *Sermones in solemnitatibus Sanctorum*, y *Sermones in laudem Beatiss-*

simae Mariae Virginis, en los cuales defiende el privilegio de la Inmaculada Concepción de María y la Asunción de la Santísima Virgen en cuerpo y alma al cielo.

Durante su estancia en Montpellier, hacia el año 1224, compuso otra obra con el título: *Sermones in Psalmos*, que contiene 273 paráfrasis o disertaciones sobre los 150 salmos de David. Algunos críticos negaban a Antonio la paternidad de esta obra, pero razones de crítica externa e interna inducen a creer a los mejores historiadores del Santo que esta obra le pertenece. El famoso Padre Van Ortoy (Anal. Boll. Tom. C, 309, n. 3) dudaba de su autenticidad por contener algunas invectivas muy vehementes contra el clero y los Prelados de su tiempo, que mal suenan en boca del Santo, pero Salvador Licitra (I Sermoni di S. Antonio di Padova, Rocca San Casciano, 1907, p. 35, n. 2) ha demostrado que invectivas semejantes y aún más graves se encuentran en los *Sermones Dominicales*.

Obras espúreas

Además de estos escritos auténticos hanse adjudicado a S. Antonio las siguientes obras: *Sermones Quadragesimales sive de Tempore*; *Sermones Dominicales et de Sanctis*, editados por el P. Juan de la Haye en París, el año 1641; *Concordantiae Morales sacrorum bibliorum*, publicadas por Waddingo en Roma, 1624; *Concordantiae bibliorum in festivitibus Beatae Mariae Virginis*; *Collatio Mystica in Sacram Scripturam* y otras de poca monta.

Carácter de sus escritos

El gusto de los exégetas medievales por las etimologías de los nombres propios y geográficos que ocurren en la Sagrada Escritura apoderóse de San Antonio que encuentra en cada uno de ellos uno o varios significados de los cuales saca otras tantas analogías. Citemos el ejemplo que aduce Lepitre (San Antonio de Padua, colección: "Los San-

tos", vers. española, Barcelona, 1910, pág. 152): *Tamar* significa a la vez "cambiada", "amarga", "palmera"; esta mujer es, pues, una figura del alma la cual de mala se convierte en buena, y gusta de las amarguras de la penitencia para ser más tarde una palmera en la gloria.

Como hemos dicho S. Antonio especializóse en el estudio de la Sagrada Escritura, por cuanto es la fuente en donde debe inspirarse el predicador evangélico. No estudia la Biblia con método científico, sino con el fin práctico de nutrir su espíritu. El método exegético de interpretación de San Antonio es alegórico, preocupándose muy poco del sentido propio y literal, para llegar a conclusiones morales. De ahí que la lectura de los sermones de S. Antonio no sea del gusto de los lectores modernos y su lectura les cause hastío y cansancio.

Los sermones del Santo están sobrecargados de citas bíblicas que fluyen con naturalidad de su pluma, de modo que en el sermón de la primera dominica de Adviento se citan 183 textos de la Sagrada Escritura, del Antiguo y Nuevo Testamento, pero esa misma multitud de citas a la par que demuestran un profundo conocimiento del texto sagrado entorpecen la lectura de sus escritos.

Hemos querido sacar del olvido a este exégeta bíblico medievoval, el primero que ejerció el magisterio en la Orden Franciscana y que tan hondo cavó en el contenido doctrinal de la Sagrada Escritura. San Antonio es hijo de su tiempo, y por lo mismo sus escritos no deleitarán a los exégetas de hoy día que siguen los derroteros que ha emprendido la exégesis moderna, pero no podrá negarse que en su tiempo la producción científica de Antonio revelaba un talento exegético poco común y un conocimiento perfecto de la Sagrada Escritura. Y el Santo que fué llamado Arca del Testamento y arsenal de las Sagradas Escrituras, fué durante mucho tiempo el maestro indiscutible de los predicadores que querían cimentar sus sermones sobre la Sagrada Escritura.

P. Luis Arnoldich,

Doctor en Sagrada Teología

¿América para los protestantes, Europa para los cismáticos?

«Hoy, el adversario juzga su obra bastante adelantada para lanzarse al asalto definitivo.»

(Palabras de S. S. Pío XII a los presidentes de A. C. en 22 abril 1946).

Elocuentísima realidad la de estas palabras que tomamos como introducción, más podría decirse como justificación, de este artículo.

Por Oriente y por Occidente el esfuerzo desarrollado por los enemigos de Roma adquiere un signo característico de inusitada virulencia.

"...desde hace más de cien años una labor insidiosa, sistemática y constante ha tendido a demoler la cultura cristiana..." dice más adelante Su Santidad en la propia alocución. En más de una ocasión, antes y después de hacer referencia a él, hemos aludido a ese plazo. La conjura entonces iniciada, a juicio de sus inspiradores, va llegando a la madurez, y por eso es llegado el momento del asalto.

Cuando el mundo más lo ansía y necesita, cuando clama pidiendo paz, los enemigos de la Iglesia decretan guerra. Puesto que esa paz soñada sólo puede venir a través del Reino de Cristo, la paz de Dios y de su Iglesia, contra ésta, contra sus principios e instituciones, y, de modo particular,

contra su cabeza visible y representativa, dirigen aquéllos, con ahinco, sus ataques.

Hace poco, en estudio aparecido en el número del 15 de abril último, de nuestra Revista, procuramos exponer la denodada tarea que se ha impuesto el protestantismo para tratar de barrer la fe católica de la América latina. Y ello no por simple propaganda, por deseo expositivo de sus puntos de vista religiosos, sino por un decidido empeño de lucha, aniquilamiento y destrucción. Para hacer simple propaganda no se precisa de dirigir insultos al Sumo Pontífice, ni de escarnecer y quemar la imagen de la Santísima Virgen.

**"América para los protestantes,
Europa para los cismáticos"**

Esa parece ser la consigna, el pacto secreto establecido, las dos fases de actuación, para intentar el anhelo de extirpar la fe católica del mundo.

Hace ya algunos años se estableció entre Iglesias cis-

máticas y determinadas confesiones protestantes, reformistas y anglicanos, lo que suele llamarse la *intercomuni6n*, esto es, la pr6ctica para los fieles de una de recibir el sacramento en la otra. No importa que los unos crean en la Virgen y los otros no, que en algunos haya algo similar a la Misa y la confesi6n, y en los otros se repudie el sacrificio y el sacramento; pese a todas las discrepancias se va estableciendo una cooperaci6n cada vez m6s estrecha de vida religiosa y

de propaganda anticat6lica entre protestantes y cism6ticos. De esa forma, tras de su viaje por tierras rusas, el llamado arzobispo de Canterbury, podfa mostrarse complacidfsimo de la situaci6n religiosa en la U. R. S. S.

Puesto que ya nos ocupamos de ellos en el n6mero citado, dejemos por el momento el aspecto protestante del problema y veamos de bosquejar en 6ste la movilizaci6n polico-religiosa que se dirige desde Mosc6.

El patriarca de todas las Rusias... y alguna m6s

Ideas previas

Los cism6ticos se llaman a s6 mismos "ortodoxos". Lo decimos para que conste bien a qui6nes nos referimos, y a la par para protestar del extendido uso, a6n entre cat6licos, de tan impropia denominaci6n.

Como todos saben, esta palabra deriva de las voces griegas "*orthos*", derecho, y "*doxa*" opini6n o doctrina. De donde resulta que la 6nica y verdadera Iglesia ortodoxa es la cat6lica; y por lo mismo el cat6lico que refiri6ndose a los cism6ticos los designa con el nombre de "ortodoxos" impl6citamente es cual si renegara de su fe, pues concede la autenticidad de derecha o verdadera, a otra distinta. De empe6arse en usar tal expresi6n para los cism6ticos el vocablo adecuado serfa el de "heterodoxos".

La confusi6n procede de que ellos, en su vana pretensi6n, se designaron, a s6 mismos, como los verdaderos seguidores de la doctrina de Cristo, en contraposici6n a los cat6licos, y por ende como ortodoxos, cuya denominaci6n se ha ido extendiendo y arraigando pese a su evidente impropiedad.

S6lo Roma es cabeza de la Cristiandad. All6 es donde Dios quiso que se estableciera la sede de Su representante y no en Mosc6 ni en ninguna otra ciudad. En opini6n admitida de todos los historiadores, hacia el a6o 42 de nuestra Era, reinando el Emperador Claudio, all6 fu6 por primera vez el Ap6stol San Pedro y all6 volvi6 tras del Concilio de Jerusal6n para proseguir la evangelizaci6n de la Sede primaria. Y entonces ya obraba como cabeza de la Iglesia, pues en el citado Concilio, resolviendo la cuesti6n planteada se expres6 diciendo: "Ya sab6is que, desde hace mucho tiempo, Dios me escogi6 de entre nosotros para que de mi boca oyesen los gentiles el Evangelio como a nosotros lo comunic6 el Esp6ritu Santo; nosotros, como ellos, creemos salvarnos por Jesucristo". 6l era el depositario de la verdadera fe, de la 6nica que por espacio de siglos permaneci6 indiscutida con sede en Roma, de aqu6lla a la que fueron convertidos los pueblos b6rbaros del ducado de Moscovia, a la que permanecieron fieles por muchos a6os hasta su escisi6n por el Cisma. No son ellos quienes nos convirtieron a nosotros, sino nosotros quienes evangelizamos a ellos: mal pueden pues en sus errores ser ortodoxos.

Antecedentes

Faltos de la cohesi6n de la unidad, al producirse el cisma de las Iglesias orientales, bien pronto se produjeron nuevas escisiones entre los separados, y de esa forma se lleg6 a la situaci6n existente hasta ahora en que casi cada naci6n tenfa su Jerarca del rito cism6tico: Un Patriarca ecum6nico residente en Constantinopla, otros Patriarcas en Alejandrfa, Antioquia, Jerusal6n y el Jefe de la Iglesia rusa, y as6 mismo, aparente o realmente, tenfan jefatura propia las Iglesias de Rumania, Grecia y Servia, a6n cuando nominalmente estas dependieran de Constantinopla.

Sin una unidad real o aparente, mal podfa tener fuerza la Iglesia cism6tica, que en su misma divisi6n y ausencia de cabeza, llevaba su debilidad para enfrentarse con otras.

Y he aqu6 que ese r6gimen que tan duramente tratara a

los miembros de tal Iglesia, los soviets, ahora ha pasado a ser su defensor y apoyo, de forma que con toda la fuerza de su actual preponderancia, labora incansablemente para afianzarla y extenderla.

La Revoluci6n rusa, con su frase de que "la religi6n es el opio del pueblo", y sus organizaciones de los "Sin Dios", cerrando templos o convirti6ndolos en museos de esta nefasta organizaci6n, tuvo por norma inspiradora en materia religiosa el m6s extremado ateismo, para cuya consecuci6n se desplegi6 la m6s incansable actividad. El entonces Patriarca Monse6or Tykhon fu6 reducido a cautiverio; surgieron patriarcados m6ltiples en el destierro y grupos autoc6falos; aparte el anterior surgi6 una Iglesia independiente en Charkow y otra en Georgia. Con tal motivo las iglesias regionales de Servia, Rumania y otros pa6ses decidieron as6 mismo independizarse del inexistente Patriarcado.

El gran cambio

Las iglesias cism6ticas han mostrado siempre una hostilidad ilimitada hacia la cat6lica. Por su violencia destacan especialmente la rusa y la griega. Cuando Pio IX invit6 a los disidentes a participar en el Concilio Vaticano, el Patriarca de Constantinopla Antimio VI respondi6 con un documento insolente; lo mismo hizo su sucesor Antimio VII cuando Le6n XIII en la Enc6lica *Praeclara* en 1894 manifest6 su dolor por la prolongaci6n del cisma.

Ese odio tradicional no podfa pasar desapercibido para quienes incansablemente trabajan contra la Iglesia de Cristo.

Y he aqu6 c6mo, luego de veinte a6os de sa6nuda persecuci6n y de intentar extirpar las creencias del pueblo, todo cambia de improviso, es restaurado el Patriarcado de Mosc6, y con 6l la gran parte de la jerarqufa eclesi6stica rusa, son abiertos templos y autorizadas ceremonias que tiempo atr6s hubieran costado la deportaci6n o la muerte. Claro que todo se halla perfectamente vigilado y no hay que decir que, sinti6ndose en ese aspecto como en tantos otros continuadores de los Zares, no se hace nombramiento que no sea con la sugerencia y aprobaci6n del gobierno y cualquier jerarca que pretendiera dar la menor muestra de autonomfa serfa prontamente destituido y encarcelado.

De esa forma pudo producirse el hecho sorprendente de que en el desfile militar de la Plaza Roja, el primero de mayo, al lado de Stalin figurasen los altos jefarcas de la Iglesia cism6tica rusa. M6s a6n, perfecta hechura del soviets, Nicol6s, Metropolitano de Kiew y de Galich, llega a hacer la siguiente afirmaci6n: "*La Iglesia proclama abiertamente que el poder de los Soviets es un poder establecido por Dios*".

En la hora presente Rusia domina, bien directamente bien por medio de gobiernos feudatarios, en Estonia, Lituania, Letonia, Polonia, Rumania, Bulgaria, Hungrfa, Checoslovaquia, Yugoslavia, casi toda Austria y m6s de la mitad de Alemania. En ellas hay un total de m6s de sesenta millones de cat6licos que sienten sobre s6 toda fa furia conjunta del comunismo y el cisma. Tambi6n hay en estos pa6ses grupos "ortodoxos" que en algunos casos constituyen la mayorfa de la poblaci6n. Se trata de unificar la religi6n,

DE ACTUALIDAD

aun cuando sea en forma federal, de esa enorme masa, y al efecto el Patriarca de Moscú ha comenzado sus visitas y gestiones a las diversas zonas.

En septiembre y octubre del año pasado, el Metropolitano Gregorio de Leningrado, visitó Finlandia en representación del Patriarca de Moscú. Era la primera vez, desde la Revolución, que un representante del Patriarcado ruso iba a Finlandia, pese a que histórica y canónicamente la Iglesia finesa forma parte de la rusa. Con la excusa de tratar el retorno a la Iglesia de Rusia del célebre y bello Monasterio de Válamó, se entablaron negociaciones para la sumisión de los cismáticos finlandeses al patriarcado moscovita.

Otro paso en el propio sentido se dió en enero de este año al buscar el acercamiento de la Iglesia checa; pese a ser una pequeña minoría no dejó de interesar; en Praga se estableció convenio por el que quedaba la Iglesia checoslovaca bajo la jurisdicción de Moscú a través del Patriarca de Servia. El Obispo cismático de Praga recibió con tal motivo el nombre de "Exarca del Patriarcado de Moscú y de todas las Rusias". El Metropolitano ruso Focio resolvió, como emisario del Patriarca, todas las dificultades.

Rebelde a la rusificación de su país, el Patriarca Dionisio de Yugoslavia hubo de abandonarlo; ello le ha merecido ser declarado "criminal de guerra" por el dictador Tito. Mientras tanto una comisión de la Iglesia rusa, en los pasados meses de febrero y marzo, presidida por el Metropolitano de Kirovgrado y Odessa y en la que figuraba Lev Nicolaewich Parisky, secretario personal del Patriarca y figura de gran influencia, gestionaba el acatamiento de la Iglesia Servia, y no debieron ir muy mal las discusiones cuando la radio de Moscú pudo anunciar que este año todos los Balkanes habrían adoptado el Patriarcado ruso.

Para con Bulgaria el jerarca moscovita "se ha dignado" ir personalmente a visitar Sofía, con ocasión de la celebración del milenario de la muerte de San Ivan de Rilak, y cumplido que sea el motivo aparente de su visita, a no dudar, apoyado por las tropas soviéticas, conseguirá el fruto esperado de sumisión.

Otro tanto podemos decir del Metropolitano Nicodemus, de Rumania, quien ha sido solemnemente invitado a visitar Moscú. Y si de Grecia no hemos de hacer mención ello se debe únicamente a la presencia de las tropas inglesas, cuya salida reclamara Moscú hace poco tan fieramente.

En Estados Unidos existe un importante grupo compuesto por 525.000 rutenos emigrados, que pese a su permanencia allí, conservan su organización e ideas religiosas, contando hace años con 197 iglesias y cerca de otros tantos sacerdotes. Allí fué también un delegado del Patriarca ruso, a fin de reunir a la obediencia a Moscú ese importante núcleo, que por el país donde se halla puede ser de gran influencia.

Especialmente notable es el famoso viaje, el año pasado, del Patriarca Alexis, de Moscú a Tierra Santa, donde "manu militari" se hizo cargo de los establecimientos religiosos cismáticos, que hasta ahora y desde la Revolución habían permanecido independientes de Rusia.

Complemento de ello es la noticia que indica ya el grado máximo de la farsa. Según referencias recientes 30.000 "peregrinos" rusos se disponen a ir "religiosamente" a visitar los Santos Lugares. A esa tierra Palestina tan discutida en estos momentos, acude ese disfrazado ejército ruso. El avivamiento de la fe cismática rusa ha sido tan rápido que toda una colectividad de ese calibre se siente poseída de tal ansia de penitencia y oración que anhela contemplar el teatro de la Pasión y Muerte del Redentor.

En donde hay posibilidades de lograr una sumisión a base de algún núcleo o mayoría cismática, se utiliza la visita diplomática del emisario.

Donde la mayoría creyente es católica, en manifiesta colaboración de autoridades religiosas, civiles y militares soviéticas, se recurre a los medios violentos. No entramos a detallar las terribles persecuciones de los católicos en las regiones orientales de Europa, ocupadas por los rusos, pues se haría interminable y ello ha sido objeto de repetidas citas en nuestro noticiario quincenal. Tan sólo una cosa interesa hacer resaltar: la forma como se ejerce esa presión; hoy día no se busca de los católicos griegos o rutenos que hagan apostasía de su fe, ni que pasen a ser ateos, lo que se exige de ellos es que abandonen la obediencia a Roma para sumarse a la de Moscú. Ya citamos el dato alentador de cómo entre 1.400 sacerdotes de ese rito, tan sólo unos cuarenta han sucumbido a las tentadoras ofertas; los otros han de pasar por la persecución y en muchos casos el martirio.

Conclusión

Como ya hemos indicado en número anterior de nuestra Revista, la consigna de las fuerzas del Mal era el ataque al Solio Pontificio; su destrucción y el final de la obediencia al mismo.

¿Qué fuerza misteriosa ha hecho que se produzca ese notable cambio de la política religiosa rusa, que de la sañuda persecución ha pasado al apoyo oficial? No ciertamente un cambio de criterio en el Gobierno que sigue siendo tan ateo como antes; no tampoco la consideración del gran arraigo de las ideas religiosas en el pueblo ruso, pues ello justificaría el cambio respecto del territorio ruso, pero no lo explica en cuanto a ese propósito de expansión en regiones tan distantes y dispares como Finlandia, Checoslovaquia o Siria. Tiene que ser algo que se halle por encima de criterios gubernamentales, pues es capaz de hacer variar éstos.

La hora del asalto definitivo ha llegado, según decía Pío XII, y así vemos cómo en América el esfuerzo protestante y en Europa el cismático, tienden por todos los medios a un fin principal y común: sustraer de la obediencia al Papado a las fuerzas católicas.

Y mientras tanto algunos periódicos que se llaman católicos, como uno de la ciudad condal, se dedican a hacer el panegírico de la mutua comprensión que dice existir entre las tres religiones y la necesidad de la misma. ¿Es acaso comprensión y tolerancia lo que vemos por parte de ellos?

Fernando Serrano y Misas.

CON CENSURA ECLESIASTICA

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual 48'00 ptas.
Semestral 24'00 "

Número ordinario: 2'50 ptas.

VIDA



REVISTA
DE
ORIENTACION

Donceles, 99-A - Apartado 2181
MEXICO D. F.

Reservado n.º 1.251

Central
Catholic
Library
Association

PUBLICACIONES CATOLICAS

74, Merrion Square, S.
DUBLIN (Irlanda)

Cuevas de Artá

MALLORCA



Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

Las maravillosas Cuevas de Artá

Editores: RUIZ HERMANOS, Madrid - F. MACHADO & Cía, Porto - NICOLA ZANICHELLI, Bologna - PRESSES UNIVERSITAIRES DE FRANCE, París - DAVID NUTT, London - BUCHHANDLUNG d. KÖN. UNG. UNIVERSITÄTS-DRUCKEREI, Budapest - F. ROUGE & Cie., Lausanne - ROBERT MÜLLER, Berlín - G. E. STECHERT & Co., New York
THE MARUZEN COMPANY, Tokyo.

1946

a. 40º

"SCIENTIA"

REVISTA DE SÍNTESIS CIENTÍFICA

Publicación mensual - (Cada cuaderno de 100 a 120 páginas)

Jefe Redactor: **Paolo Bonetti**

ES LA ÚNICA REVISTA que tiene verdaderamente colaboradores en todo el mundo.

ES LA ÚNICA REVISTA de síntesis y de unificación del saber que examine en sus artículos los problemas más nuevos y más fundamentales de todos los ramos de la ciencia: filosofía científica, historia de la ciencia, matemáticas, astronomía, geología, física química, ciencias biológicas, fisiología, psicología, historia de las religiones, antropología, lingüística; artículos que muchas veces han constituido verdaderas y propias encuestas, como aquella sobre la contribución de los diferentes pueblos al progreso de las ciencias; sobre el determinismo; sobre las cuestiones físicas y químicas más principales y particularmente sobre la relatividad, la física del átomo y de las radiaciones; sobre el vitalismo. «Scientia» estudia de esta manera todos los más grandes problemas que interesan al mundo de los sabios y de los intelectuales.

ES LA ÚNICA REVISTA que puede tener en calidad de colaboradores todos los más ilustres sabios del mundo. «Scientia» publica los artículos en la lengua original de sus autores. En cada cuaderno está adjunto un **Suplemento** que contiene la traducción completa francesa de los artículos publicados en el texto en alemán, español o inglés. (Pídanse cuadernos de ensayo a «Scientia» Asso (Como, Italia), enviando - a título de reembolso de los gastos de correo envío - 25 liras italianas de sellos postales del país de origen).

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: Liras ital. 1200—; \$ 12.00; sh. 60.00

Grandes rebajas se conceden a los que suscriben a más de una anualidad

Se pidan informes directamente a «SCIENTIA» Asso (Como, Italia)